

LA RECONCILIACION

Ó

LOS DOS HERMANOS,

EN CINCO ACTOS:

POR

EL POETA KOTZBUE:

TRADUCIDA

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

ACTORES.

Felipe Bertram......... } Hermanos.
El Capitan Bertram. }
Los Señores Francisco Baca y Antonio Pinto.

Carlota, hija de Felipe. *La Señora Rita Luna.*

El Doctor Blum, médico. *El Señor Manuel Garcia.*

Raffer, procurador. *El Señor Felix de Cubas.*

El Conde de Sonnenstern. *El Señor Antonio Ponce.*

Madama Brand, ama de gobierno del Capitan. *La Señora Coleta Paz.*

Juan Buller, marinero viejo. *El Señor Mariano Querol.*

TROGOT, zapatero. *EL SEÑOR JOSEF GARCIA.*

ANA, criada antigua de Felipe. *LA SEÑORA JOSEFA VIRG.*

UN CRIADO DEL CAPITAN.

ACTO PRIMERO.

Calle separada del arrabal á la izquierda: delante de una de las casas, que la componen, habrá un banco: á la derecha árboles; y el fondo representa campo.

Trogot, sentado en un banquillo baxo los árboles, trabajando zapatos de muger, y cantando lo siguiente.

Trog. Quando yo veo los Grandes
enmedio de sus palacios
sumergidos en delicias,
en placeres y regalos,
¿puedo creerlos felices,
contentos y afortunados?
¡Ah! cada uno sabe bien
dónde le aprieta el zapato.
En mi vida fuí tan débil,
que inútilmente clamando
contra mi humilde destino,
envidiase el aparato
de los mortales que brillan

en la opulencia y el fausto;
porque nos ocultan dónde
les aprieta su zapato.

Sale Ana con una escoba, y se pone á barrer la portada de la casa.

Trog. Buenos dias, vecina mia.

Ana. Buenos dias, señor Trogot.

Trog. ¿Cómo está su buen amo?

Ana. Ha dormido bien esta noche: cada dia va de bien á mejor.

Trog. Me alegro infinito por la amable señorita Carlota... y tambien por vm., vecina.

Ana. ¡O! tiene vm. mucha razon, porque sería imposible encontrar unos amos tan buenos. Aunque no estemos sobrados de comida, mi amo Bertram y su hija comen lo mismo que yo: además de que quando lo que se da es con buena voluntad, no se repara si es poco ó mucho. Bien sé yo que hay criadas que tienen mejores gages, y visten seda; mas para eso, en recompensa, sirven á unas señoras insoportables: nada está á su gusto: cada alfiler se prende, y se vuelve á prender mil veces, y cada pliegue se compone de mil formas: viva mi señorita, que de nadie necesita para vestirse.

Trog. ¡Y su afabilidad!

Ana. Jamas la he oído una palabra desagradable.

Trog. ¡O! su boca es demasiado hermosa, para que no salgan de ella sino gracias.

Ana. Puedo asegurar que jamas la he visto de mal humor. Su paciencia ha sido inalterable durante la penosa y larga enfermedad de su padre. Su serenidad y bondad angelical nunca se han desmentido. ¡Quántas noches ha pasado junto á la cama de su padre sin cerrar los ojos! No permitia que yo la aliviase en esta obligacion. Apénas daban las diez, me decia: Ana, vete á acostar. Al principio no me determinaba á fiarme de su vigilancia: ella es jóven, decia yo para conmigo: tendrá el mayor cuidado del mundo, pero acaso se dormirá; y quando una muchacha se duerme, ni los truenos la despiertan. Así pensaba yo: y sin razon; porque aunque mi señorita solia quedarse traspuesta algunas veces, apénas tosía su padre un poco, ya estaba alerta y pronta.

Trog. Semejante virtud no puede quedar sin recompensa.

Ana. No es eso solo; sino que por adquirir algun dinero, ha trabajado sin descanso, y se

ha lástimado los dedos de tanto coser. Mil veces se hubiera muerto de hambre el viejo en este invierno tan riguroso, á no ser por esta hija incomparable.

Trog. ¡O! yo lo creo... porque aun á mí me estimula al trabajo el buen exemplo de la señorita.

Ana. Quando su padre estaba tan malo (que yo no hubiera dado un quarto por su vida) la veía arrodillada en todos los rincones de la sala, y llorar implorando el favor del cielo para su padre. Pero al momento que la llamaba, enxugaba sus lágrimas, y se presentaba con semblante sereno. ¡Qué penoso le habrá sido este disimulo!

Trog. Ya no me admiro de que su padre haya escapado de la muerte: una cara como la suya puede dar salud á qualquiera enfermo...: ¿pero en el dia se halla enteramente restablecido?

Ana. Creo que sí.

Trog. Sin embargo, todavía tose mucho: yo le oigo algunas veces desde mi quarto.

Ana. Es verdad; pero el médico, el Doctor Blum, nos da esperanzas de que en breve se le quitará del todo: dice, que no estando enfermo el co-

razon, siempre hay recursos.

Trog. Dice muy bien el médico: quando el corazon está sano...

Ana. En quanto á esto, mi amo nada tiene que temer. Yo le conozco desde niño: era de muy buen corazon; y el cielo le ha preservado de las riquezas que le pervierten: que á no ser así, hubiera sido tan avariento como su hermano.

Trog. ¿Con qué es rico?

Ana. Durante la guerra ha hecho... ¡Dios sabe cómo! una fortuna loca: y tiene la crueldad de dexar abandonado á su hermano enfermo.

Trog. Pues él, ciertamente, tiene buena opinion en todas partes.

Ana. ¿Quándo los ricos no son alabados? todo quanto hacen es bien hecho: pero si un pobre se desliza, al instante se arrojan sobre él, y le confunden.

Trog. Es cosa particular que los hombres vendiendo tan cara su amistad, sean pródigos del aborrecimiento. Debería ser al contrario; ¡porque el ódio es una pasion tan penosa!...

Ana. ¡Bueno! Hay hombres á quienes no se les puede dar mayor gusto que hablarles mal de sus próximos: al momento corren á publicarlo por

toda la vecindad, rebosando en su semblante el regocijo.

Trog. ¿Es cierto que traen pleyto los dos hermanos?

Ana. ¡Demasiado cierto! ¡ya hace mas de quince años! ¿y sobre qué pensais? sobre una huertecilla que está aquí cerca, al pie del monte, que apénas valdrá cien escudos. Debiera avergonzarse ese viejo capitan, tan rico. ¿Podia yo imaginar tal cosa quando le cuidaba de muchacho? era vivo y duro; pero de corazon excelente.

Trog. Yo creo que se enterneceria, si viese á la señorita.

Ana. ¡Hija de mi alma! no la ha visto desde que tenia tres años: los hermanos huyen de encontrarse.

Trog. Debia ir ella á su casa.

Ana. ¿Y humillarse, y aun sufrir los desayres de su ama? No, no; mi señorita no es para eso.

Trog. ¿Por qué no? por vivir en paz...

Ana. Hasta ahora nos hemos mantenido con honradez: sabemos hacer labor; y un escudo que ganemos, vale mas que ciento que nos regalen.

Trog. ¡Sobre todo quando se gana para tan bue-

nos amos! Mirad... vecina mia... desde que la señorita vive en esta casa, ¡como que tengo mas aficion al trabajo! Antes mi padre me notaba de perezoso; ahora no me dice nada: solo el ver á Carlotita me quita la pereza; y si todos los dias me siento á trabajar á la sombra de los árboles, es porque veo que ella se sienta gustosa sobre este banco, en los dias serenos.

Ana. Creo que no tardará en venir.

Sale el Conde de Sonnenstern muy petimetre atravesando el teatro, y reparando en Ana, dice...

Cond. ¡Ah! Buenos dias, madrecita mia, ¿tan sola aquí? ¿se ha levantado Carlotita?

Ana. Pienso que sí.

Cond. ¿Baxará?

Ana. Es regular.

Cond. ¿Ha leído el libro que le dí el otro dia?

Ana. Ha empezado.

Cond. ¿Qué le parece?

Ana. Ni bien, ni mal: solo dice que hace llorar demasiado.

Cond. Tanto mejor: es un libro hecho para los corazones nobles y sensibles.

Ana. ¿Y es necesario llorar siempre para ser sensible?

Cond. Una jóven ha nacido para amar; y por consiguiente para derramar lágrimas: pero al caso: ¿cómo está papá?

Ana. Tiene un temperamento de yerro.

Cond. Bastante desdicha es la suya en este mundo.

Ana. En efecto, debia darse priesa á salir de él, y dexar á V. S. por legado su hermosa hija: ¿no es esto?

Cond. Si tuviera la bondad de hacerme semejante manda, yo por mi parte añadiria el encargarme del ama de gobierno.

Ana. ¿Para qué tantos rodeos? Si V. S. ama á mi señorita, pidásela á su padre; y en términos honrados acaso se la concederá en vida.

Cond. ¿De veras?

Ana. Y no procediendo de este modo, inferiré que V. S. no la ama.

Cond. No siempre puede un hombre lo que quiere.

Ana. Quando no se puede hacer el bien, no es necesario querer el mal.

Trogot canta durante esta conversacion, y cada vez que el Conde dice algo que no le gusta, levanta la voz.

Cond. ¡Qué ideas tan extravagantes!

Ana. ¿Piensa V. S. que mi señorita no merece ser Condesa?

Cond. Y sería la Condesa màs bonita del universo.

Ana. Le parece á V. S. demasiado pobre, ¿he?

Cond. La pobreza no es deshonra.

Ana. Esa es una máxîma qùe todos los hombres traen en los labios, y ninguno en el corazon.

Cond. Al asunto: ¿necesita vmd. algun dinero?

Ana. Falta nos hace.

Cond. Siendo así, tome vm.

Ofreciéndola un bolsillo.

Ana. Nosotras necesitamos dinero; pero no ese.

Cond. ¿Y por qué?

Ana. Mi amo es pundonoroso, y nada fácil en recibir regalos.

Cond. Pero yo no á él, sino á su ama de gobierno hago esta fineza.

Ana. Pues sepa V. S. que aunque no gano mas soldada que ocho florines al año; con todo eso, quando los Domingos voy á la Iglesia, nunca me falta alguna monedilla que echar en el cepillo de los pobres.

Cond. Vamos, Ana: sea vm. mas dócil: la se-

ñorita es un tesoro; vm. su guardia, el drágon que vomita fuego...

Mira detrás de sí.

¿Pero quién diablos es este vocinglero que está detrás de nosotros? ¡grita como un ciego!

Ana. Nadie puede quitarle que cante.

El Conde tira á Trogot una moneda de plata.

Cond. ¡He! Amigo, vete á beber á nuestra salud, que ya tendrás seca la garganta.

Trogot coge la moneda y la clava en su banquillo.

Cond. ¿Qué haces, bribon?

Con risa.

Ana. Ja, ja, ja; justamente hace lo mismo que nuestro vecino el tendero, que quando le dan monedas falsas las clava en el mostrador.

Cond. ¿Qué has hecho? dí.

Cantando.

Trog. Cada uno sabe bien
dónde le aprieta el zapato.

Ana. Déxele V. S.: es sordo.

Cond. ¡Brabo! ¡eso es bueno! ¡qué no fuera tambien mudo! ¡Ah! la bellísima Carlota está aquí.

Sale Carlota.

Carl. Querida Ana, ¿has acabado? Mi padre va

á baxar al instante.

Ana. ¿A baxar?

Carl. Sí; la primera vez: hace un dia tan apacible, y está el ayre tan templado... Buenos dias Trogot... Señor Conde...

A Trogot apacible, y al Conde con seriedad.

Trogot se quita respetuosamente el gorro. En tanto que está presente Carlota, suspende el trabajo, demostrando en las variaciones de su semblante el interés que toma en la conversacion.

Cond. Ya iba á enojarme, Carlota hermosa, si esa dulce mirada no desarmase mi enojo.

Carl. ¿Enojo? ¿y por qué?

Cond. Porque ha saludado vm. ántes que á mí á ese sordo majadero.

Carl. ¡Sordo! es el hijo del dueño de la casa: mozo honrado, y de genio pacífico.

Cond. ¡Cosa rara! ¡de genio sosegado, honrado!...

Carl. La virtud no quiere bulla.

Cond. La virtud es hija del amor; y un hombre que ama es siempre virtuoso y bueno.

Carl. Eso no sabía yo.

Cond. Pues sí señora: así como el sol fomenta las

semillas en el seno de la tierra, así tambien el amor, el de las virtudes en el corazon del hombre.

Carl. Yo pienso que puede haber virtud en un sugeto, sin que conozca el amor.

Cond. ¡Qué error! el amor es el que realza la virtud.

Carl. ¿Sin duda que V. S. habla del amor á la humanidad?

Cond. ¿Y qué? ¿ha renunciado vm. todo otro amor?

Carl. ¿Cómo V. S. pregunta eso á una doncella que no tiene otro bien que un padre á quien ama y venera? ¡Ah! tome V. S. parte en mi alegría: mi padre va por la primera vez, despues de su enfermedad, á salir de casa: viene á respirar el fresco de la mañana aquí á la sombra de este tilo, donde vió como triste anuncio caer en el último otoño las hojas de los árboles. ¡Si V. S. supiera quánto ha padecido, y con quánta resignacion ha llevado la falta de las cosas precisas!

Cond. ¿Falta?... En vm. ha consistido.

Carl. ¿En mí?

Cond. ¿Qué duda tiene? ¿No ha desechado vm. mis socorros?

Carl. ¿Pues qué? ¿es V. S. médico?

Cond. Los cuidados afligen mas que las enfermedades: y vm. tal vez se los pudiera haber evitado.

Carl. No entiendo á V. S.

Cond. Si por exemplo, haciendo un noble uso de la riqueza ó fortuna que debo á la suerte... Si á una doncella, que no tiene igual, ofreciese yo los socorros necesarios para alivio de su padre enfermo... y...

Carl. Entónces la hija debería presentar á su padre un hombre tan generoso.

Cond. ¿Y si él quisiese mas bien poner los efectos de su generosidad en manos de la hija?...

Carl. Entónces ella no tendria el atrevimiento de admitirlos.

Cond. Eso es decir que los despreciaría.

Carl. No tanto: pero, señor Conde, hay ciertos respetos á que debe atender una doncella.

Cond. A lo ménos no me hará vmd. el desayre de no admitir esta rosa.

Carl. Mi padre gusta de flores: hoy cumple años: voy á ofrecérsela.

Le hace una cortesía, otra á Trogot con la cabeza, y éntrase en casa.

Ana. Señor Conde, si á V. S. le pesa mucho el dinero, mas abaxo vive un pobre ciego pescador; vaya á socorrer su miseria.

Entra en la casa.

Cond. ¡Ellas se burlan de mí! ¡La muchacha no tiene talento ni educacion! ¡Si á lo ménos pudiera yo conseguir que leyese novelas! Sin esto, es muy dificil sorprehender el corazon de una jóven. ¿Mas no podria yo sacar partido de este sordo animal? El vive en la misma casa: escucha amigo.

Trogot hace que no entiende, y el Conde le grita.

¿Amigo?

Como sorprehendido.

Trog. ¿Qué es eso? ¿qué?

Cond. Poco á poco, ¿sabes con quién hablas? yo soy un Conde.

Trog. ¿Sabe V. S. hacer zapatos?

Cond. ¡Qué majadero!

Trog. ¿Pues qué es lo que V. S. sabe?

Cond. Darte una paliza, sino eres mas cortés.

Trog. ¿Dar una paliza? eso sabe hacerlo un zapatero tan bien como un Conde.

Cond. Escucha, ¿quieres ganar dinero?

Trog. ¿Pues hay alguno que no quiera? ¿supongo que eso será de un modo llano?

Cond. El modo es el mas fácil del mundo.

Trog. El modo mas fácil no siempre es el mas honesto: ¿necesita V. S. zapatos?

Cond. ¿Quieres encargarte de llevar una carta?

Trog. ¿Al correo?

Cond. No: aquí... á esta casa... á la señorita... pero sin que lo sepa la ama de gobierno.

Trog. Está bien: venga.

Cond. ¿Cómo te has de manejar?

Trog. Se la daré á su padre.

Cond. ¡Habrá bruto!...

Trog. ¿Pues qué tiene de malo que sepa un padre lo que le escriben á su hija?

Cond. ¡Qué tonto! ¿necesitaría yo de tí, si quisiera que el padre lo supiese?

Trog. Señor Conde, si V. S. necesita de un pícaro, ¿para qué se vale de un tonto?

Cond. Este bribon es muy rudo: no sabe de cosas: ja, ja: vé aquí mi hombre: apuesto á que éste me entiende á media palabra.

Sale Raffer.

Buenos dias, vecino: á buen tiempo llega vm.

Raff. Siempre servidor de V. S.

Cond. Yo sé que vmd. es un hombre con quien se puede contar para todo.

Raff. Un hombre muy de bien: como todo el mundo sabe.

Cond. A lo ménos lo creen: que viene á ser lo mismo.

Raff. ¿Cómo es eso? explíquese V. S.

Cond. Amigo, hay dos clases de hombres de bien; unos lo son en realidad; otros lo parecen.

Raff. ¡Malos principios!

Cond. Sin embargo, con ellos se medra y se luce; ¿no es así? Yo veo que á vm. no le ha ido mal con ellos; pues con esa panza parece vm. un Emperador del Japon.

Raff. Se conoce que V. S. está de buen humor; pero yo tengo entremanos unos asuntos tan urgentes, que...

Cond. Yo pienso encargar á vm. otros: atienda vm. vecino: yo no me espanto de esa peluca, ni de esa fria y estoica virtud. Claro: yo quiero que vm. sea correo de mis amores.

Raff. V. S. mande quanto quiera.

Cond. Pero como un correo debe estar bien montado, yo os regalo mi caballo vayo.

Con precipitacion.

Raff. ¿El que V. S. montó ayer?

Cond. Sí; aquel que se ponia de manos, y se encabritaba con tan...

Raff. Con tan soberbia cabeza...

Cond. Y crin tan magnífica.

Raff. ¿Y en qué puedo servir á V. S., señor Conde?

Cond. Ya conoce vm. á Bertram, el recaudador de rentas.

Raff. ¿El que vive en esta casa? Sí: le conozco; pero hable V. S, quedo, que no estamos solos.

Mirando á todas partes.

Cond. Qué... ese zapatero... No hay que temer: es sordo.

Raff. Nada hay sordo en el mundo: hasta las paredes oyen.

Cond. Pues retirémonos un poco.

Le habla baxo, y Trogot vuelve á cantar.

Basta: vm. ya me ha entendido: venga esa mano; por ahora cedo á vm. la plaza: entable vm. su comision: vm. tiene mi poder absoluto: amigo mio, vaya un abrazo.

Raff. Con mucho gusto; pero esta amistad es demasiado repentina.

Cond. Quando las gentes honradas se necisitan mutuamente, la amistad camina á pasos de gigante. *Vase.*

Raff. El es astuto: pero estemos alerta... No dexémos escapar esta ocasion de engordar el bolsillo... Pero tiento, Raffer... no perdamos en un dia la reputacion de hombre de bien, que tanto tiempo me ha costado grangear, y que tanto me vale.

A Trogot.

Maldito tú seas con tus xácaras.

Salen Felipe y Carlota con su almohadilla de labor.

Fel. Déxame sentar aquí, hija mia: aquí tomaré bien el sol.

Raff. Señor Felipe Bertram, felices dias...

Fel. ¡Oh! sea vm. bien venido, señor Raffer: mucho tiempo ha que no he tenido el gusto de ver á vm.

Raff. He estado fuera, á ciertos asuntos... ¿Ha ocurrido alguna novedad en este tiempo?

Fel. Para mí la mas importante: he recobrado mi salud.

Raff. Sea enhorabuena: con el buen tiempo, y

algunos paséos por la huerta, se restablecerá vm. del todo.

Fel. ¡Ah! no me hable vm. de la huerta.

Raff. ¿Y por qué?

Fel. ¡Ojalá que en su suelo hubiese reventado un volcan, y la hubiera abrasado! A lo ménos no se vieran vivir dos hermanos enemistados mas ha de quince años, por cosa de tan poco momento.

Raff. Esta es la primera vez que oigo á vm. hablar de este modo.

Fel. ¡Ay! ha sido preciso que mi cuerpo enfermase, para que mi alma sanára...

Raff. Pero quando uno tiene derecho como vm...

Fel. ¡Ay, amigo! quando uno se vé, como yo me he visto, á punto de comparecer ante aquel tribunal en que los derechos de los hombres se aprécian en lo que valen, de muy buena gana se renuncia la manía de disputarlos. Así es que yo he dado al Doctor Blum poder absoluto para terminar esta fatal disputa ante el tribunal de paz.

Admirado.

Raff. ¿Ante el tribunal de paz? ¿habla vm. de veras?

Fel. Sí señor: ya hace ocho dias que allí se sigue este asunto.

Raff. ¿Y no me habia dicho vm. nada?

Fel. Con la ausencia de vm. ¿cómo?

Raff. Mucho dudo que su hermano de vm. el Capitan entre en composicion.

Fel. En ese caso le abandono la huerta: un viejo como yo, necesita descanso: y por otra parte mis fuerzas no me permiten pleytear mas tiempo. Si logro recobrar mis fuerzas, y volver á mis ocupasiones, no atenderé sino á la educacion de mi hija: que ya está en edad de pensar en su colocacion.

Carl. Padre mio, vm. me ha enseñado á no vivir ociosa, y poner mi confianza en Dios, ¿qué otra cosa necesito?

Fel. Otras muchas.

Carl. Yo he aprendido á gobernar una casa.

Fel. Y á amar á tu padre... esto es todo lo que sabes: bastante es para mí; pero muy poco para los demas. ¡Ah! ¡hija mia! yo no puedo pensar un instante sin dolor, acerca de todo lo que te hace falta. Tal, como tú eres, no sirves ni aun para estar con qualquiera señora que tomase interés por tí: lo primero que te pregun-

taría, sería si sabías colocar un prendido, labar encaxes, ¿y qué sé yo que mas?

Raff. Sin embargo, yo conozco una dama muy rica en bienes de fortuna, y mucho mas en virtudes, que desea hallar una señorita, que la haga compañía. Si fuera posible... señor Bertram, ya vm. sabe que soy su antiguo amigo. Si pudiera lograr para la chica esta conveniencia...

Abrazando á su padre.

Carl. Mi conveniencia está aquí.

Fel. Yo lo agradezco, amigo Raffer: en otra ocasion hablarémos de esto.

Carl. No, no, padre mio, no me desvie vm. de sí.

Fel. Yo desviarte, ¡hija mia!... nada deseo sino tu felicidad.

Carl. Sola una vez en mi vida he sido desgraciada... quando estaba vm. tan enfermo...

Fel. Pero es menester pensar para adelante, para adelante.

Sale Blum.

Blum. ¡Quánto me alegro, señor Bertram, de ver á vm. por primera vez respirando ayre libre.

Fel. Sea vm. muy bien venido, mi amado Doctor. Deme vm. esa mano.

Carl. Buenos dias, señor Doctor.

Fel. ¡O! ¡qué satisfaccion es para un médico el haber salvado la vida á un padre de familias, y conservado su único apoyo á unos huérfanos!

Blum. ¡Si los sucesos correspondiesen siempre á los buenos deseos!...

Fel. Quando mi enfermedad me puso en términos de ir á la sepultura, vm. en la estacion mas rigurosa del invierno nunca se olvidó de visitarme; y si mi alivio no siempre correspondió á sus deseos, á lo ménos su afabilidad y buen semblante me animaban. Yo á vm. no le conocia: solo el amor de la humanidad le conduxo á mi casa. ¡O! ¡qué feliz es el destino en que el hombre se emplea en hacer bien á sus semejantes!

Blum. Señor Bertram, yo no he dado á vm. licencia para hablar tanto.

Fel. Quando el corazon está lleno, ¿no es preciso que revose? Hoy cumplo cincuenta y tres años; hoy los celebro; y á vm. debo este beneficio. Mi hija no es huérfana, y á vm. debe el no serlo.

Blum. Será preciso que me valga de mi autoridad, para que vm. guarde silencio. Es muy propio de las almas nobles excederse en el reconocimiento: yo ciertamente no he hecho mas que cum-

plir con mi obligacion: ¡y pluguiese á Dios que mis desvelos siempre fuesen tan bien recompensados! Pero hablemos de otra cosa. Esta visita no es de médico, pues ya no le necesita vm., sino de amigo. Quando ayer tarde hablamos de que hoy eran los dias de vm., esperaba venir á dárselos temprano con la buena noticia de haberse terminado el pleyto infausto.

Fel. ¡Qué gozo hubiera yo tenido con tal noticia!

Blum. Todavía no desconfio de que hoy mismo se concluya. Nuestro juez de paz es el hombre mas honrado que conozco, y el único acaso que ama la virtud por sí misma: él es á un tiempo juez, padre y hermano: la persuasion reside en sus labios, y el amor á sus semejantes está grabado en su corazon. Quando se inutilizan sus generosos esfuerzos, pasa las noches desvelado; y quando tienen efecto, se acuesta mas lleno de satisfaccion, que aquellos mismos á quienes ha pacificado. ¿Quién, por estos rasgos, dexará de conocerle?

Fel. !Y quién no le llenará de bendiciones!

Raff. Pero, señor Doctor, vm. procede con precipitacion.

Blum. A mí me parece que con lentitud.

Raff. El señor Bertram estaba en términos de ganar el pleyto con restitucion de costas y daños.

Blum. ¿Y contais entre los daños y costas la tranquilidad perdida quince años ha?

Raff. Se conoce que el señor Doctor gusta del género pastoral.

Irónicamente.

Blum. Quando eso fuera, ¿tan gran defecto es gustar de lo que nos acerca á la naturaleza? Se encuentran en el mundo con tanta freqüencia hombres crueles y malvados, que es muy bueno leer algunas veces libros, que tal vez son los únicos que nos los representan buenos y sensibles.

Raff. Esos libros no tienen solidez alguna.

Blum. Bien sabemos lo que los señores Letrados tienen por conocimientos sólidos: unas cláusulas bárbaras que nadie entiende...

Raff. Pero, señor médico, ¿son mas inteligibles vuestras recetas?

Blum. ¡Ay! no por cierto. Por eso yo, con mucho gusto, abandono este charlatanismo á los ataques de la sátira.

Raff. Señor Doctor, cada profesion tiene su charlatanismo, y debe tenerle, para deslumbrar á

la multitud: servidor de vms.

Vase.

Blum. Parece que se ha enojado, porque vm. quiere reconciliarse.

Fel. Militares y Letrados nunca desean la paz.

Blum. Hace mucho tiempo que no estan bien con ese tribunal.

Fel. Sin embargo, es un hombre honrado.

Blum. Así se dice... pero por desgracia, la opinion de hombre honrado no es algunas veces (á diferencia de otras opiniones) sino un capricho de la fortuna, un juego de azar.

Sale Ana.

Ana. Señor, ya está el desayuno.

Fel. Vamos al instante. ¿Quiere vm. ver, mi amado Doctor, como el fresco de la mañana excita el apetito de los convalecientes?

Blum. Tengo todavía que visitar un enfermo.

Fel. Siendo así, no quiero detener á vm.; porque sé demasiado la impaciencia con que un enfermo espera al médico.

Entra en la casa, ayudado de Ana.

Carl. ¿Qué habrá vm. pensado de mí, señor Doctor, viéndome enmudecida quando mi padre le manifestaba su gratitud? Yo no sé cómo es es-

to... que quando me veo en el caso de dar gracias por algun grande beneficio, ántes encuentro con las lágrimas, que con las palabras.

Blum. Las lágrimas son intérpretes del corazon.

Carl. ¡Yo hubiera llorado de gozo!... pero me sonrojaba el hacerlo delante de Raffer.

Blum. ¿Con que, hija mia, ¿no se hubiera vm. sonrojado de llorar delante de mí?

Carl. ¡Oh! no señor. En aquella terrible noche, en que mi padre estaba tan malo, observé que á vm. mismo se le saltaban las lágrimas.

Blum. Confieso que no hice bien: el corazon de los médicos debe saber resistir á sus fuertes impulsos de sensibilidad.

Carl. Pero entónces, no podria vm. manifestar el regocijo de haber socorrido una familia angustiada. ¡O! ¡qué alegría el poder socorrer así á los que padecen! Si yo fuera muchacho, hubiera aprendido á escribir recetas, y yo misma hubiera salvado á mi padre.

Blum. Yo aseguro á vm. que sus contínuos cuidados han sido mas eficaces que mis recetas.

Carl. ¿Habla vm. de veras?

Blum. Sí, á fé mia.

Carl. ¡Ah!... ¡no sabe vm. la inexplicable alegría

que recibo con ese testimonio! ¿No es verdad que mi padre vivirá mucho tiempo?

Blum. Sí; si es prudente en evitar todos los excesos y pasiones violentas.

Carl. ¡O! eso corre de mi cuenta: yo alejaré de él quanto pueda serle peligroso.

Blum. ¿Y estará vm. siempre á su lado?

Carl. ¡Siempre! ¡siempre!

Blum. ¿Pero si algun dia precisada de otras obligaciones?...

Carl. ¿Otras obligaciones?... ¿las hay mas sagradas?

Blum. Por exemplo, las obligaciones de esposa y de madre.

Carl. No: yo nunca me casaré.

Blum. ¿Nunca?

Carl. Nunca. Siendo necesario dexar á mi padre.

Blum. Vm. en su lugar le daría un hijo...

Carl. ¡Que le privase de su hija!

Blum. ¿Pero si se presentase un sugeto que estuviese en estado de proporcionar á padre una vejez tranquila; que, léjos de privarle de los cuidados que le prodíga su hija querida, quisiese unir tres corazones con los vínculos del amor y del parentesco... que viviese en compañía de

vms. en una misma casa; que aumentase sus satisfacciones, y se interesase en todas sus cosas...

Carl. Si se encontrase un hombre así...

Blum. ¿Le amaría vm.?

Carl. ¿Como no lo amaría?

Blum. ¿Y si padre dixese: hija mia, dale tu mano y tu corazón?

Carl. Con toda el alma: pero esto sería lo único que pudiera darle, porque no ignora vm. que somos muy pobres.

Blum. ¡O Carlota! No conoce vm. todavía las riquezas que atesora en sí... Pero, amable niña, en estando con vm. olvido que me llama una obligacion sagrada: la humanidad afligida. A Dios: y tenga vm. muy presente esta conversacion; que acaso llegará tiempo en que yo la recuerde.

Vase.

Pensativa.

Carl. ¿Qué querria decirme?... ¿que yo tenga presente esta conversacion?...

Despues de una pausa y un suspiro medio sofocado.

Yo creo que sin su encargo, nunca la hubiera olvidado.

Se encamina lentamente á la casa, y Trogot se levanta, y la dice.

Trog. ¿Mi amada señorita?...

Con tono amistoso.

Carl. ¿Qué quiere vm., Trogot?

Trog. Perdone vm. si me atrevo...

Carl. Diga vm.

Trog. Acabo de hacer un par de zapatos...

Carl. Ya lo veo.

Trog. Como hoy es el cumpleaños de padre... como vm. le ama tanto, que ahora mismo.... allí... se me saltaban las lágrimas... yo quisiera... pero no se enoje vm...

Carl. ¿Por qué he de enojarme? las intenciones de vm. son buenas.

Trogot la mano sobre el corazon, y mirando al cielo, dice:

Trog. Sí; el cielo sabe que mi intencion es buena.

Carl. Siendo así, hable vm. con franqueza.

Trog. Yo quisiera que vm. aceptase esta corta expresion...

Carl. Yo doy á vm. mil gracias: llegará tal vez un dia en que yo pueda corresponder...

Trog. ¡O señorita! no hay que pensar en eso... yo me tengo por muy feliz en que no se haya

vm. desdeñado de mi corto obsequio.

Carl. ¿Por qué habia de desdeñar un regalo ofrecido con buen corazon?

Trogot. Solo con eso quedo bien remunerado. ¡Quánto mas feliz soy que el señor Conde!... Señorita, no se fie vm. de él... es un mal hombre... y el procurador Raffer, su agente, es otro como él. Aquí en este sitio han hablado cosas, que yo me avergonzaría de repetirlas. ¡Ah! no se fie, no se fie vm. de esos dos hipocritones.

Carl. Yo se lo agradezco á vm., buen Trogot. Ahora acepto el regalo con mayor gusto: quando los malvados me prepáren lazos con palabras seductoras... entónces miraré mis zapatos, y me acordaré de los avisos de vm.

Entra en la casa.

Trog. Vé aquí lo que se llama una señorita: ¡es tan buena!... ¡tan afable!... ¡O! si un dia se prendiera fuego en nuestra casa, tendria gusto en arrojarme á las llamas, para poder librarla. Buen Trogot, me decia. ¿Lo entiendes, Trogot? ¡Ah! si despues de esto, un punto dexas de ser hombre de bien, mereces que te lleve el diablo sin remedio.

ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa del Capitan Francisco Bertram.

Juan Buller solo, sentado junto á una mesa, sobre la qual habrá una botella y almuerzo.

Juan. El Capitan cumple hoy cincuenta y tres años... A que viva...

Bebe.

Mucha edad es... cincuentra y tres años... ¡Eh! ¿y qué importa, con tal que viva mas que yo? Vaya... qué... ¿cómo habia yo de tener valor para asistir á su entierro, y poner su espada sobre el atahud?

Sale Madama Brand.

Mad. ¡Fuego de Dios! ¡todavía está con su botella!

Juan. Sí señora... Quiero beber á la salud de mi Capitan.

Mad. ¡Malditos tales brindis! Estoy segura de que esto es lo que hace enfermar á los hom-

bres. El que brinda á la salud de todos, nunca dexa de arruinar la suya.

Juan. Madama Brand, sepa vm. que yo no bebo á la salud de todo el mundo.

Mad. Pues por haber bebido á la salud de todo el mundo, el viejo recaudador de rentas, el hermano de nuestro amo, se vé como se vé, enfermo.

Juan. Está vm. muy mal informada. ¿Quiere vm. que la diga por qué se ha puesto enfermo?

Mad. Bien...

Juan. Pues sepa vm. que una maldita ama de gobierno que tenia, le mortificaba tanto... que...

Mad. ¡Qué vino este tan pestífero!

Juan. Ola: ¿lo conoce vm. por el olor?

Juan le llena el vaso, y ella se lo bebe de un trago.

Mad. Veamos qué tal. ¡Puf! ¡qué peste!... no he bebido un vino peor.

Juan. Puede... como que es un vino de á tres quartos; pero ganados honradamente.

Mad. Quando vm. quiera venir á mi quarto, le daré á probar otro vino, que ya, ya es vino: y con eso me hablará vm. de noticias.

Juan. Gracias... que yo, como no me remuerde la conciencia, no necesito de esos opios que me la aquieten.

Mad. ¡Qué genio tan áspero y extravagante!

Juan. ¡Mucho! Amiga, soy ya viejo; y de un viejo no se puede hacer todo lo que se quiere.

Mad. ¿Pero eso qué hace para regalarse de quando en quando lícitamente?

Juan. Así lo hago yo.

Mad. Sí; con un vinagre, que se lleva tras sí el gaznate.

Juan. Pues este vinagre, Madama Brand, se convierte en nectar quando pasa por la garganta de un hombre honrado.

Mad. Mucho habla vm. de honradez: pero... si á lo ménos por las noches fuera vm. á rezar conmigo mis devociones...

Juan. ¡Y que me dormiera!

Mad. ¡Vaya, que es vm. un hombre raro! ¿Para qué se pone una á servir? El amo, ya sabe vm. que no tiene hijos.

Juan. Tiene un hermano, y una sobrina.

Mad. ¡Y qué! ¿dexaria sus bienes á unas gentes que no han hecho sino darle pesadumbres, y abreviarle los dias de la vida?

Juan. ¡Ah! por poco que le dure, no tendrá ya que dexar.

Mad. Eso es chanza... Mas diga vm. ¿quánto le parece que vivirá? Lo que vemos es, que es un viejo regañon, y que no puede tardar en palmar.

Con mucha seriedad.

Juan. ¿Lo cree vm.?

Mad. Sus fuerzas van perdiendo cada dia terreno.

Inquieto.

Juan. ¿De veras?

Mad. Dentro de un par de meses...

Juan. ¡Cómo!...

Mad. A lo mas podrá llegar al otoño; y entónces al caer de la hoja...

Pateando.

Juan. ¡Tan pronto! ¡ó! no, no, no; eso no... tan pronto... no, no.

Mad. Por mas que vm. diga que no, quando la muerte dice que sí, no hay que replicarla.

Juan. Pero el médico, ¿ha dicho algo de eso?

Mad. ¿Qué me importan á mí los médicos? tanto entiendo yo como ellos.

Juan. No, no: yo se lo digo á vm.: no. *Vase.*

Mad. ¡Qué maldito de hombre! pero aunque sea violentándome, es preciso contemplarle: ¡sobre

que le ha sorbido el seso al Capitan! Mas de veinte criados he hecho salir de casa, sin mas dificultad que insinuarlo... pero sí... ¡qué, podré yo desvancar á este picaron! ya, ya... le parece que porque ha sido marinero, todo el mundo le ha de...

Sale Raffer de puntillas.

Raff. Buenos dias, mi amiga.

Muy afable.

Mad. ¡O señor Raffer! téngalos vm. muy buenos: ¿cómo tan temprano?

Raff. Temprano, y con todo demasiado tarde.

Mad. ¿Qué quiere decir eso?

Raff. Ocurren cosas muy extrañas.

Mad. ¡Extrañas!

Raff. El Capitan quiere reconciliarse.

Asustada.

Mad. ¿Con su hermano?

Raff. Cierto: su asunto está en el tribunal de paz.

Mad. Es imposible.

Raff. Ahora mismo vengo de allá: ambos han dado sus poderes absolutos...

Mad. ¿A quién?

Raff. Al Doctor Blum.

Mad. ¡Sin decírmelo! ¡sin haberme consultado! quiero luego, luego...

Raff. Poco á poco: todo lo echaríamos á perder atropellando las cosas.

Mad. ¿Pues qué hemos de hacer?

Raff. Asestar nuestras baterías: hacer sospechoso á este conciliador importuno, y enconar de nuevo los ánimos.

Mad. ¿Y si no se acierta?

Raff. Sino se acierta, verémos una escena muy tierna... Los dos locos se reconciliarán; derramarán lágrimas; la señorita los rodeará, lisonjeará á su viejo tio: y á Dios herencia.

Mad. ¡Ay Dios mio!... ¿y para qué habré yo trabajado quince años?

Raff. Para hacer el dote á la sobrina.

Mad. ¡Ah! no me hable vm. de ella, sino quiere que me caiga muerta.

Raff. Esto es decir á vm. la verdad.

Mad. En substancia, amigo mio, vm. perdería mas que yo, si las cosas tomasen ese semblante: ya sabe vm. que todas mis miras solo se dirigian á lograr la amable persona de vm.

Raff. Muchas gracias.

Mad. Si he trabajado dia y noche para hacer al-

gun dinerillo, ha sido por no presentárme á mi futuro esposo con las manos vacías.

Raff. Mil gracias.

Mad. A la verdad, no es gran cosa lo que tengo... algunos miles de escudos... una friolera: todas mis esperanzas estaban puestas en el testamento.

Raff. ¡Que no esté ya firmado! por vida de...

Mad. Todavía no debemos desesperar: reuniendo nuestros esfuerzos, podrémos salir con la empresa. En todo caso, yo estimo á vm. demasiado para creer que solo me haya elegido por interés. Quando dos esposos bien unidos no tuvieran mas que una pobre cabaña, la felicidad habitaria con ellos.

Raff. ¡Ay amiga! todas esas pinturas son muy encantadoras en los idilios: pero yo preferiría un testamento rico, á todas las cabañas del Imperio Germánico.

Sale el Capitan Bertram, cojeando apoyado en su baston.

Cap. Buenos dias, mis queridos amigos: el haber trasnochado ayer, me ha hecho levantar hoy tarde.

Raff. Apuesto á que tenia vm. convidados; y la cena...

Cap. ¡Bueno! ¡convidados! uno solo... el diablo cargue con él, ¿quereis saber su nombre? pues era la gota, amigo, la gota. Yo tomo asiento: haced otro tanto, sino quereis estar en pie: y estad en pie sino quereis sentáros: yo estoy en disposicion de clavarme en un canapé.

Raff. Esa es una enfermedad que solo llama á la puerta de los ricos.

Cap. Y no espera á que se la abran.

Mad. ¿Por qué no ha tomado vm. algunas gotas de mi elixîr milagroso?

Cap. Madama Brand, yo no quiero nada que huela á milagro: ¿pero qué estabais hablando? proseguid.

Raff. Hablabamos...

Mad. Sentíamos...

Raff. Nos admirábamos...

Mad. Nos enfadábamos...

Cap. ¿Pero qué? ¿y de qué?

Raff. De la facilidad con que los malvados engañan á las gentes honradas.

Cap. ¿No era otra cosa? pues eso ya es viejo.

Raff. Se dice que vm. ha dado sus poderes al Doctor Blum.

Cap. Sí.

Raff. Y que quiere reconciliarse vm. con su hermano.

Cap. Ese es mi ánimo.

Raff. Es cosa rara, que al cabo de quince años...

Cap. Decís bien: debiera haberlo hecho quince años ha.

Raff. ¡En el momento que el negocio llevaba tan buen camino!...

Cap. Quince años ha que camina, y no adelanta un paso.

Raff. La qüestion de *forum privilegiatum*, iba á decidirse.

Cap. ¿Y qué hubiera ganado en ello?

Raff. Saber por fin el tribunal que debia conocer de lo principal.

Cap. ¡Peste!

Raff. Yo no tengo la culpa de que no se haya adelantado mas... soy un hombre de bien.

Cap. Ya lo sé.

Raff. Los embrollos de ese hermano...

Cap. Así se acabarán: él quisiera matarme á fuerza de pleytear; pero á cada uno le llega su vez: le tengo bloqueado en el tribunal de paz; y allí no se me escapará.

Raff. Lo creo muy bien: pero él se llenará de sa-

tisfaccion, quedando con tantas ventajas.

Cap. ¿Y quáles son esas ventajas? ¿Creeis que el tribunal de paz le adjudicará la huerta?

Encogiéndose de hombros.

Raff. ¿Quién sabe?

Cap. Por mal que salga, la huerta no vale trescientos escudos; y me cuesta ya unos gastos, que me dan vergüenza.

Mad. Con que al fin, el malvado vendrá á salirse con la suya.

Cap. No es lo mismo quedarse con la huerta, que tener razon.

Mad. Y que se lleve el patrimonio de vm.

Cap. Lléveselo.

Mad. ¿Por qué no ha proseguido vm. mas tiempo expuesto á los peligros del mar? con eso habria cargado con todo.

Cap. Ya me ha atrapado quanto ha podido.

Mad. ¡Y en recompensa, le dexa vm. por heredero!

Cap. ¡Heredero mio!... ¿quién se atreve á decirlo?

Mad. Si se termina el pleyto..

Cap. ¿Qué puede resultar?

Mad. Que harán vms. las paces.

Cap. Eso no: jamas.

Con ironía.

Mad. ¡Qué fiesta habrá en la casa!

Raff. Sin duda, el señor Capitan nos convidará á la funcion, á la gran comida.

Mad. ¡O! ántes que llegue ese dia, ya yo estaré en otra parte.

Raff. ¿No tiene el señor Capitan á su sobrina? Yo apuesto á que ya se está saboreando con la idea de que ha de gobernar la casa de su querido tio.

Cap. Callen vms. que me irrito. Mi sobrina...

Raff. Apénas ha sabido que se trataba de composicion se ha dexado de ciertas intrigas que no la hubieran favorecido en el concepto de un tio, cuya voluntad le importa tanto grangearse.

Cap. ¡Ella!... intrigas!...

Raff. Yo no quiero repetir quánto se ha dicho de eso: ya sabe vm. que no gusto de murmurar del próximo. Un cierto Conde de Sonnenstern, mozo muy petimetre, es muy contínuo en casa de su padre. Algunas veces sirve de bracero á la señorita... Por la tarde se sientan juntos á la puerta de su casa.

Cap. ¿Quién?... Esa muchacha... ¡qué buena era su madre!...

Raff. Es verdad; pero su padre ha sostenido durante quince años un pleyto ruinoso... él no es rico... sobre todo, en estos últimos tiempos le ha sido forzoso recurrir á ciertos medios... Se dice tambien que el Doctor Blum, acaso habrá puesto los ojos en la niña... pero que repugna cargar con ella sin dote; y que por este motivo tiene tanto empeño en la reconciliacion.

Cap. Poco á poco, señor Raffer. El Doctor Blum es amigo mio, y no sufriré que se le atrevan á su estimacion.

Raff. Yo no hablo sino con buena intencion.

Cap. Ya lo sé, y le hago á vm. justicia... pero en fin, quiero tranquilidad; es muy necesaria para mi salud. Sí, amigo mio; todos nos mudamos con el tiempo. Hace quince años que mas hubiera querido que me abandonasen en una isla desierta, que ceder el mas mínimo de mis derechos: en el dia, ya me voy encaneciendo: la vejez me debilita y me hace desear la paz.

Raff. Eso es pensar con juicio.

Mad. Y con christiandad.

Cap. Pero si ese señor mio, se lisonjea de pescar á rio revuelto; si él y la señorita, su hija, aspiran á mi herencia, muy mal les saldrá la cuenta.

Raff. Eso es pensar con firmeza.

Mad. Y con equidad.

Raff. Si el señor Capitan quisiese llevar á efecto algunas disposiciones testamentárias...

Mad. ¡Ah! no me hable vm. de eso: se me quiebra el corazon.

Raff. Esto es una prudente precaucion: y el señor Capitan gusta de que todo vaya con órden.

Cap. Teneis razon: yo lo pensaré.

Raff. Si para recompensar unos servicios fieles...

Mad. ¡Ah! ¡quién no serviría á tan buen amo, aun sin la esperanza de recompensa terrena! ¡El cielo le conceda una larga vida!

Cap. Gracias, Madama Brand; no quedará vm. olvidada.

Sale el Doctor Blum.

Blum. Muy buenos dias, mi amado Capitan.

Cap. Sea vm. bien venido, mi amado Doctor.

Señalando á sus pies.

El enemigo está sosegado.

Blum. Quando el alma está serena, es muy regular que lo esté tambien el cuerpo.

Raff. ¡Bravo médico, que cura con sentencias!

Aparte.

Los pacificadores, señor Doctor, rara vez con-

tentan á las dos partes.

Blum. Por eso tantas gentes se complacen en soplar el fuego de la discordia.

Cap. Poco á poco: ¿no es eso una pequeña escaramuza en todas sus reglas? Ya conozco á dónde va á parar todo esto. Unos quisieran llevarme á la izquierda y otros á la derecha: unos y otros se interesan por mí: todos pueden tener razon: pero yo, que estoy viejo y enfermo, deseo colocarme al lado del que me señale una morada apacible, y me diga: entrémos aquí á descansar.

Blum. ¡Bravo! señor Capitan: firmeza en esos sentimientos: y yo fio de que la gota no le atacará mas.

Cap. Si yo no tuviese que andar contemplando á la gota, perseguiría á este malvado hasta la muerte.

Blum. Eso no es propio del buen corazon de vm.: su hermano no es un malvado.

Cap. Ya hace quince años que me arrastra de tribunal en tribunal.

Blum. ¿Quién ha comenzado el pleyto?

Cap. Yo: no por el valor de la huerta, sino por amor de mis padres. Hermano, le dixe, parta-

mos: mi padre, á su muerte, no ha podido dexarte la huerta, en perjuicio mio, sin haber tenido algun motivo para castigarme; yo no puedo sufrir que él creyese que tú eras mejor que yo: yo pretendo hacerte bueno, que el testamento, de que te prevales, se hizo dolosamente. Bien sabe vm. si mi hermano ha querido, ó no, hacer justicia á mi reclamacion: dixo, que no podia renunciar los derechos de sus hijos. ¡Mal haya el hombre que enriquece sus hijos con caudales injustamente adquiridos!

Mad. Sí, sí: ¡mal haya!

Blum. ¡Enriquece!... ¡Ciertamente!... esta palabra está muy mal aplicada al caso: el objeto es una vagatela: diga, diga vm. que la pasion ha tenido en esto mucha parte... Porque, ¿qué clase de gentes vive mas de pasiones, que las del foro?

Irónicamente.

Raff. Mil gracias.

Blum. Si hubiese vm. pedido con dulzura, yo sé quién es su hermano, y sé que hubiera cedido gustoso; pero vm. lo alborotó todo: se acaloráron: los malvados derramáron aceyte sobre la llama, y se complaciéron en alimentarla: á

cada palabra áspera; á cada réplica acre, que se les escapaba á vms., iban con el cuento á los dos, y enconaban los ánimos. Los amigos de vm. se ponian de su parte; los del hermano le daban á él la razon: pero hay amigos que todo lo aprueban, porque nada les importa:

Mirando á Raffer.

y otros que aparentando oficiosidad respecto de ambas partes, en vez de componerlos, han sembrado la desconfianza, han despertado las sospechas, y han metido á vms. en el laberinto forense. Así es, señor Capitan, cómo se originan los pleytos: cómo se acibáran las satisfacciones de la vida; y cómo se destruye el amor fraternal.

Mad. ¡Lástima es que el señor Blum no se haya dedicado al púlpito.

Cap. Yo recibo gustoso la verdad, venga por donde quiera.

Blum. Yo traigo á vm. la dulce esperanza de que acaso hoy mismo se acabará el pleyto.

Raff. ¿Efectivamente?

Mad. ¡Eso es una gracia!...

Cap. Amigo mio, reciba vm. mi sincero agradecimiento.

Raff. Verisimilmente se habrá cedido por una y otra parte.

Mad. No puede ménos.

Raff. Tanto por parte del que tenia razon, como del que no la tenia.

Cap. Enhorabuena: á qualquiera precio deseo desembarazarme de este negocio. Quisiera poder pasar en paz los pocos dias que me restan, sentado tranquilamente baxo el árbol que hace sombra á la fachada de mi casa.

Blum. Yo no he abusado del poder que se me dió; y me lisonjéo de que vm. quedará satisfecho. ¡O! ¡cómo disfruto desde ahora el feliz momento en que podré traer aquí á su hermano, ser testigo de los abrazos y lágrimas de ternura, que bañarán esas mexillas señaladas con los surcos de la discordia!...

Cap. No prosiga vm.: en quanto á los abrazos, nada de eso: deseo con todo mi corazon que el pleyto se componga y acabe: ¡pero jamas se me presente mi hermano!

Blum. Entónces esta buena accion se queda á medio camino.

Cap. Es un hombre despreciable: le aborrezco: me corresponde con lo mismo: estamos iguales.

Blum. ¡Aborrecer! no por cierto: ¡si supiera vm. con qué ternura ha recibido esta mañana á su hija al cumplimentarle por su cumpleaños! ¡con qué alegría tan inexplicable ha hecho memoria de que vms. son de una misma edad, son gemelos; y que por lo mismo son tambien hoy los dias de vm.!...

Cap. ¡Cierto!... ¿Y ha hecho mencion de eso?...

Mad. ¡El cumpleaños de vm.!... ¡ay Dios! ¡y nadie ha caído en ello!

Cap. Nada importa.

Blum. ¡Su hermano de vm. estaba como absorto y fuera de sí acordándose de esto!... Conmovido interiormente, habló de aquel venturoso tiempo en que vms. celebraban este dia con la familia en una union fraternal.

Cap. ¡O! sí... ¡qué feliz tiempo!... ¿y ha hablado de eso?

Blum. Este dia, decia él, ¡nuestra madre se hallaba tan satisfecha, tan contenta!...

Cap. ¡O! ¡ciertamente! entónces sí que se vivia.

Blum. En semejante dia estrechaba á entrambos en sus brazos, y les exhortaba á la paz.

Cap. Es verdad... así lo hacia.

Blum. Aun el último año de su vida les dixo á vms.: quando yo ya no exîsta, acordaos de mí

en este dia, y viva yo en vuestro recíproco amor.

Enternecido.

Cap. ¡Es verdad!... ¡es verdad!... así lo dixo.

Blum. Entónces se abrazáron vms.: se confundiéron las lágrimas de la madre con las de sus hijos; y vms. se juráron una eterna amistad... el hermano de vm. no pudo proseguir, porque los sollozos le ahogáron las palabras.

Sintiendo enternecerse.

Cap. ¡Y aun yo mismo no puedo oir esto sin que se me caigan las lágrimas!

Raff. Reciba vm., señor Capitan, las sencillas demostraciones de un hombre...

Cap. Yo lo agradezco.

Mad. El cielo conceda á vm. hasta la edad mas remota, todas sus bendiciones, salud, alegría, prosperidad...

Cap. Basta... basta.

Mad. No permitiré que la fiesta de este dia...

Cap. No quiero ruido.

Mad. Ahora mismo voy á hacer una torta de almendras...

Cap. No es menester.

Mad. ¿Cómo qué? ¿no quiere vm. que tenga el gusto?...

Cap. Pues bien: si es su gusto, enhorabuena.

A Blum.

Raff. ¿La torta no le hará daño al señor Capitan?

Blum. Lo que se come contento, nunca hace daño.

Mad. A Dios, señores: voy á poner manos á la obra, pues hoy es dia de esmerarme.

A Raffer á media voz.

A las quatro espero á vm. en mi quarto. *Vase.*

Mira el relox.

Raff. Yo tengo todavía que defender un pleyto. Si la composicion no se verifica, y necesita vm. todavía los oficios de un hombre de bien...

Cap. Siempre me valdré de vm.

Raff. A Dios, señores. *Vase.*

Cap. Esta Madama Brand es una buena muger; algo áspera, pero de muy buen corazon.

Blum. Si como algunos piensan, la cara ès espejo del alma...

Cap. Esas son fábulas: las gentes se conocen por las obras, y no por la cara: yo he conocido gentes muy honradas con caras de sátiros; y pícaros redomados con rostros de Adonis. Para entre nosotros: esta Madama Brand se toma un trabajo...

Blum. Yo solo quisiera, que fuese mas suave en sus modales.

Cap. Pero, Doctor mio, hay tan pocos que hagan bien en el mundo, que es preciso ser algo indulgentes con los que le practican. ¿Tengo yo modales dulces?

Blum. Una penosa enfermedad disculpa el mal humor.

Cap. ¿Y no le ha de disculpar un buen corazon? Mire vm., Doctor, yo hago mas justicia á Madama Brand: Dios me perdone, pues algunas veces la trato tan sin miramiento, como lo haria un marido.

Sonriéndose.

Blum. Dios le perdone á vm. la comparacion.

Cap. No he sido casado.

Blum. Tanto peor.

Cap. Eso es conforme: por exemplo; si yo tuviese por muger á una que sentada en aquel rincon, me lanzase unas miradas sombrías, diciendo entre dientes: vele allí con su gota: siempre regañando: mortificando: y estoy condenada á estar siempre con él. ¡Ah! no: viva Madama Brand: ella lo hace todo con buen corazon. ¿Ha notado vm. la alegría con que ha ido á hacer la

torta de almendras?... ¿he?

Blum. Ella es dichosa en servir á un hombre que aprecia tanto esas frioleras: ¡ó! ¡qué dulce se le hubiera hecho á una esposa de vm. el cumplimiento de sus obligaciones! Seguramente no se ha hallado vm. en la celebridad del cumpleaños de un buen padre de familias.

Cap. No: jamas.

Blum. Quando los niños estan á la puerta atisvando quándo despertará su padre, repasando en voz baxa las fórmulas de cumplimentarle: quando en fin entran adornados de sus mejores vestidos; se acercan, le besan la mano, echan sus arengas, ó le cantan sus coplillas, en tanto que la madre, oculta en un rincon de la sala, derrama lágrimas de regocijo...

Cap. No puede ménos de ser una escena muy tierna.

Blum. Figúrese vm. despues á la madre, que se presenta con cierto encogimiento, arrojándose á los brazos de su esposo, y ofreciéndole una chupa que ha bordado sin que él lo haya sabido.

Conteniendo el llanto.

Cap. Una torta de almendras hace el mismo efecto.

Sale Juan.

Juan. Yo deseo á vm. felices dias, mi Capitan.

Cap. Buenos dias, Juan Buller.

Juan. Hoy es el cumpleaños de vm.

Cap. Ya lo sé.

Juan. Yo me alegro con todo mi corazon.

Cap. Tambien lo sé.

Juan. Ayer hizo vm. pedazos aquella pipa tan graciosa.

Cap. ¿Y bien? ¿qué quieres con eso? ¿para qué me lo recuerdas? Quando el dolor me aprieta, no siempre soy dueño de contener mi impaciencia.

Juan. Lo que yo digo no es para que vm. se enfade, sino para preparar mi introduccion. Yo acabo de comprar esta pipa de nogal, con su cañon de ébano. ¿Si mi Capitan se dignase hacerme el gusto de admitir este pequeño regalo?...

Cap. ¿Á ver, amigo, á ver?

Juan. Debia estar guarnecida de plata; pero...

Cap. Yo te lo agradezco.

Juan. ¿La acepta vm.?

Cap. Sí... sí.

Juan. ¿Y fumará con ella?

Mete la mano en el bolsillo.

Cap. ¿Pues no?

Juan. Yo espero que nada me dará vm. por èlla.

Retira prontamente la mano.

Cap. No, no: tienes razon.

Juan. ¡Viva mi Capitan! Ahora, mas que Madama Brand compre su torta con el dinero que le ha robado, me importa poco.

Con seriedad.

Cap. Juan, ¿qué es lo que dices?

Juan. La verdad, mi Capitan: esa muger no vale nada.

Cap. Calla, calla: yo te lo mando.

Juan. Ella dexa que carezca vm. de las cosas mas necesarias, y muchas veces se vé obligado á pedirle ropa, como si le hiciera algun favor.

Cap. ¿Acabarás?

Juan. Aun no lo he dicho todo...

Cap. Juan, tú eres un calumniador: vete á los demonios con tu pipa.

Se la tira á los pies.

Juan. ¿Yo calumniador?

Mirando dolorosamente á su amo, y á la pipa.

¿Con que ya no quiere vm. la pipa?

Cap. No, no: nada quiero de un hombre, que le parece que solo él es bueno.

Juan, resentido, recoge la pipa, y la tira por la ventana.

¿Qué es lo que haces, bribon?

Juan. Tirar la pipa por la ventana.

Cap. ¿Estás loco?

Juan. Vm. la ha despreciado, y yo en mi vida me habia de servir ya de ella: siempre que la mirára, diría para conmigo: Juan Buller, tú eres un miserable: un hombre á quien has servido con fidelidad treinta años, te ha llamado calumniador. Y pues la pipa ha ido con mil demonios, no será mucho que me olvide de lo demas; y me consolaré con decir: mi amo está enfermo, y no lo ha hecho por ofenderme.

El Capitan conmovido le alarga la mano.

Cap. Ven acá hombre: yo no he querido ofenderte.

Juan. Bien lo sabía yo:

Le besa la mano.

¿pero cómo demonios esta vieja hipocritona le engaña á vm. y le disipa unos bienes adquiridos con tantos trabajos, y enmedio de tantos peligros?

Cap. ¿Empiezas de nuevo?

Juan. Vm. haga de mí lo que quiera; pero yo

no puedo callar: la casualidad me ha descubierto una rendija, que da al quarto de Madama Brand: ¿con quién piensa vm. que estaba? con el honrado Raffer. Bebian juntos, y hablaban de la próxîma herencia del señor Capitan, de la que se creían seguros.

Cap. Calla, pícaro: ¡cómo!... ¡Raffer!... ¡el hombre mas honrado del mundo!

Juan. El verdaderamente honrado, no teme que le observen: y yo quiero...

Cap. Buller, alguna pasion vil fermenta en tu corazon, porque comienzas á ser murmurador.

Juan. Pero si vm. mismo escuchase por la rendija...

Blum. En efecto, la cosa merece que se averigüe.

Cap. Pues bien: quiero que me lleves á ese parage, y convencerme por mis propios ojos; pero si me engañas, te despido sin remedio.

Juan. ¡Bah! estoy seguro de que no lo hará vm.

Cap. Yo te digo que lo haré: y si añades una sola palabra, al instante mismo te despido.

Juan. Entónces el viejo Juan Buller iria llorando á morir en un hospicio.

Cap. En un hospicio... ¿piensas que no podria darte de comer fuera de casa?

Juan. ¡O!... me arrojaria vm. algunas monedas,

como quien da una limosna; pero yo mas querria mendigar el sustento, que admitir semejante favor.

Con viveza.

Cap. Vea vm., vea vm., señor Doctor; si esto no es capaz de dar gota aun... Quando ahora veinte años los Argelinos nos cautiváron, y me robáron hasta la camisa, este bribonzuelo habia escondido muchas piezas de oro entre el pelo de su cabeza. Los corsarios no se las halláron: pasados seis meses, nos rescatáron: salimos de la esclavitud sanos y salvos; pero desnudos como la palma de la mano: y yo me hubiera visto precisado á mendigar de pueblo en pueblo, si este bribon no hubiera partido conmigo su dinero; y ahora quiere irse á morir en un hospicio.

Juan. ¡Mi Capitan!

Cap. ¿Y quando la tripulacion se conjuró contra mí, y tú me lo descubriste con peligro de tu vida? ¿te se ha olvidado, bribon?

Juan. Para eso hizo vm. una casa á mi madre anciana.

Cap. ¿Y quando combatíamos á bordo contra los Marroquíes, y ya resplandecia la espada sobre mi cabeza, y tú cortaste el brazo que queria

hacérmela saltar? ¿tambien te se ha olvidado? ¿Te he hecho construir alguna casa por esto? ¿Querrás todavía ir á morir al hospicio?... ¿he?

Juan. ¡Mi Capitan!

Cap. Llégate, dame un abrazo.

Juan se arrodilla.

Juan. Mi buen señor, esta mano cerrará los ojos al viejo Juan Buller.

Blum. ¡Esto es muy bueno! Aprovechemos tan feliz disposicion. Quien se conduce así con un antiguo y fiel criado, no puede dexar de reconciliarse con su hermano. *Vase.*

Cap. Levántate, y vé á buscarme la pipa.

Juan. Con mucho gusto: ¿pero qué ha dicho el señor Doctor en órden á su hermano de vm.? ¿se hará la reconciliacion?

Cap. Espero que sí.

Juan. Y vm. la desea, ¿no es verdad?

Cap. Sí: ¡mas si pudiese ser de modo que no se verificasen ciertas cosas!...

Juan. ¿Y quién sabe si efectivamente han pasado las cosas que os han metido las gentes en la cabeza? Hay hombres tan malvados, que al instante que ven un poco de humo, se ponen á soplar hasta levantar un grande incendio: luego

lo miran con una alegría maligna, y se estan con los brazos cruzados; ó tal vez traen leña para fomentar la llama.

Cap. Sí, sí; mi viejo Juan: tienes mucha razon.

Juan. He visto muchos fuegos, y he observado que las gentes que acuden, forman una cadena desde el fuego hasta el pozo, y se entregan unos á otros sucesivamente los cubos: lo mismo sucede quando se encienden las disputas y la cizaña: corren los cubos rápidamente de mano en mano; pero el pozo en que se llenan es un pozo de aceyte.

Cap. Muy bien puede ser eso.

Juan. Destruya vm. las ideas de estos malvados: sea el primero en ofrecerle la mano... dé vm. un medio paso...

Suspirando.

Cap. ¡Hermano mio!...

Juan. Si él entrase aquí con un semblante de paz...

Haciendo como que quiere levantarse.

Cap. ¡Si entrase aquí!...

Juan. Sí señor; y si le alargase á vm. la mano...

Involuntariamente alarga la mano, y la retira.

Cap. ¡Si alargase la mano!...

Juan. Y si dixera: hermano mio, no me retires tu mano...

Con emocion.

Cap. ¡Y bien! ¿despues?...

Juan. Si se acercase mas y mas, presentándole á vm. la mano...

Con incertidumbre.

Cap. ¿Si se acercase mas y mas?...

Juan. Sí señor. Y si dixera: Francisco, hermano mio, nuestra madre nos mira...

El Capitan enternecido al oir esto moviendo su asiento, y dice:

Cap. ¡Si dixese eso!...

Juan. Y al decirlo, se precipitase en los brazos de vm...

El Capitan se levanta extendiendo los brazos, y dice entrándose con voz enternecida.

Cap. ¡O, hermano mio, Felipe!

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primer acto.

Trogot trabajando en una gran bota de montar.

Trog. Qualquiera pensará que á nosotros nos es indiferente trabajar en unos zapatos para una muchacha hermosa y amable, ó en unas botas para un dragon: pero no es lo mismo: ¿y por qué? porque el pie no es el mismo. Quando miro esta bota, me figuro al dragon lleno de arneses militares; y entónces se me hace duro el trabajo: pero un zapato para la señorita Carlota... tate... vela allí con su buen padre.

Salen Carlota y Felipe.

Carl. Venga vm., padre mio, venga vm. á respirar de nuevo el ayre del campo, que le será saludable, y disipará esa nube de tristeza que repentinamente ha ennegrecido sus idéas.

Fel. ¡Hija mia!...

Carl. ¿Qué es esto, padre mio? ¿me parece que está vm. sumamente afligido?

Fel. Tú lo has dicho.

Carl. Vm. que siempre ha llevado con tanta firmeza su triste situacion... vm. á quien una dolorosa y larga enfermedad nunca ha podido arrancar una queja contra la desgracia... ¿Quién puede en este dia?...

Fel. ¡Ay de mí!...

Carl. ¡En este dia que le ofrece á vm. tantos motivos de satisfaccion!...

Fel. ¡Esta satisfaccion todavía no está exênta de amargura!

Carl. ¿Pero por qué esa amargura le es á vm. ahora mas sensible?

Fel. ¡Ah! ¡hija mia!... Diós sabe que hasta ahora poco, mi corazon no se ha franqueado sino á la gratitud y á la alegría. Lleno de estos sentimientos, disfrutaba el contento que experimenta un convaleciente al desayunarse: entras: leo en la distraccion de tus ojos cierta agitacion que hasta ahora no habia distinguido: te hablo: advierto que me contestas como por fuerza: y digo acá en mi interior: ésta algo tiene que la trae inquieta.

Carl. ¿Cómo? ¡padre mio!

Fel. En este momento me he acordado de algunas proposiciones de nuestra Ana, en las que

no habia fixado mi atencion: las he combinado... y de repente reflexîonando sobre tu edad, sobre la mia, y sobre mi situacion, que no me permite dexarte disponer de tu albedrío...

Carl. Padre, mi corazon es todo de vm.

Fel. Así lo tenia creído hasta esta mañana... pero la turbacion de tus miradas no ha podido ocultarse á la penetracion de las mias... Yo no me atrevo á decirte: *explícate*:... No porque no merezca esta confianza.

Carl. ¡Ah! ¡padre mio!

Fel. Sin embargo, para mi tranquilidad, es necesario que yo te haga una sola pregunta. ¿Quién es un Conde de Sonnenstern, que hace algun tiempo solicita sorprehender tu corazon?

Carl. Es un hombre... que yo desprecio: un hombre cuya vista me es insorportable.

Fel. Creo que ha tenido la osadía de hablarte.

Carl. Yo lo confieso... y aun se ha adelantado á ofrecerme regalos... y hasta proponerme que enlazaría su suerte con la mia. Yo no he admitido sus dones, y socorros interesados; y le he dicho que vm. solo es el que puede disponer de mi mano.

Fel. Hija mia, no hay que dudarlo: ese hombre

es un malvado, que intenta abusar de tu situacion para deshonrarte. Yo te prohibo que le veas y hables en adelante.

Carl. Tanto mejor, padre mio: no hace vm. sino anticiparse á mis deseos.

Fel. El nos ha ofendido á los dos: ha profanado los respetos que debe á la pobreza todo hombre generoso.

Carl. ¡Lo toma vm. sobre un tono tan sério! ¿He hecho algun mal?

Fel. Has tolerado su conversacion; y este es un gran mal. ¡O hija mia! no hay en toda la naturaleza planta mas delicada que la inocencia: el polvillo que las mariposas llevan sobre sus alitas, es ménos débil que la buena opinion de una doncella. Su mas cruel enemigo es la vanidad de los jóvenes que divulgan por la ciudad la menor mirada, la menor palabra, y dan á entender en el modo de decirlo, que callan mas de lo que manifiestan.

Carl. Padre mio, vm. hace que me sonroje.

Fel. ¿Y de qué te sirve el testimonio interior de tu virtud? No puedes tú decir á quantos pasen, no importa que me miréis; yo soy inocente.

Casi llorando.

Carl. ¡Ay! ¡padre mio!

Fel. De esto puedes inferir quánto importa proceder de modo que absolutamente nadie hable de tí ni aun por bien; porque el bien que se dixera de tí, despertaría la envidia, y ésta al momento inventa un *pero*, que perjudica mucho. Feliz la doncella de quien se dice, quando se casa, ¿quién es? no la conozco: nunca he oído hablar de ella.

Ella le abraza.

Carl. Padre mio, nunca le daré á vm. motivo para repetirme esta leccion.

Fel. Esa promesa es el regalo mas dulce que puedes hacerme en mi cumpleaños.

Sale Raffer.

Raff. Ahora mismo acabo de dexar la señora de quien hablé á vm. esta mañana: sea enhorabuena: el negocio está hecho.

Fel. ¿Qué negocio?

Raff. Está dispuesta á recibir á su hija de vm. para que le haga compañía: las condiciones son ventajosísimas.

Fel. Amigo mio, mi hija sabe muy poco; y lo que

ménos sabe, es precisamente el arte de divertir á otros.

Raff. Es una casa en que se le prodigará todo, y donde podrá formarse en poco tiempo.

Fel. Y bien, ¿Carlotá?...

Carl. Yo nunca dexaré á vm.

Fel. ¿Y quién es esa señora?

Raff. Es la novia del Conde de Sonnenstern.

Fel. Ya, ya, ¿qué dices de esto, Carlota?

Carl. ¿Quiere vm. castigarme con semejante pregunta?

Fel. Señor Raffer, vm. se ha encargado de una comision poco honrada.

Raff. ¡Poco honrada! ¿pues cómo?

Fel. ¿Es vm. el agente de la novia, ó del novio?

Raff. ¿Qué es eso? ¿piensa vm. que el Conde de Sonnenstern?...

Fel. Sea lo que fuere; no hablémos mas de ello.

Raff. ¿Pero ha pesado vm. todas las ventajas de que se priva?

Fel. Todas.

Raff. La casa de Sonnenstern es rica.

Fel. Buen provecho le haga: ¡hay tantas gentes que si no fueran ricas, nada serían!...

Raff. Su padre es persona de grande influxo.

Fel. En su rango: y el suyo no es el mio.

Raff. Fácilmente podria dar al pleyto de vm. un semblante favorable.

Fel. Me persuado que sería ya tarde.

Raff. Podria hacerle á vm. recaudador general.

Fel. ¿Lo merezco?

Raff. ¿Quién lo duda?

Fel. Señor Raffer, es mucha gloria el oir decir á las gentes: lástima es que este hombre no sea recaudador general: es mucho mejor que si dixeran: ¿por qué le han dado ese empleo?

Raff. Yo conozco la situacion de vm., y sé que está agoviado de deudas.

Fel. Pero á lo ménos tengo limpia la conciencia.

Raff. ¿Y si por casualidad le persiguiesen los acreedores?

Fel. Para ese caso tengo un amigo que me socorrería.

Raff. Quando estamos necesitados, los amigos se hacen sordos.

Sale Ana.

Ana. ¿Señor?

Fel. ¿Qué hay?

Ana. Estoy encargada de presentar á vm. dos cartas de pago.

Fel. ¿Qué cartas de pago?

Ana. La una es del dueño de la casa por el alquiler...

Fel. ¡Ay! no estoy en disposicion de pagarle al instante.

Ana. Ya está pagado.

Atónito.

Fel. ¿Por quién?

Ana. Yo no sé.

Fel. ¿Pero el dueño ha dicho que ha recibido el importe?

Ana. Sí señor.

Fel. ¿Qué debo pensar?...

Ana. Nada malo.

Fel. ¿Si habrá querido remitirme?...

Ana. No, no: si está muy pobre.

Fel. ¿Con qué el plazo se ha pagado efectivamente?

Ana. Efectivamente.

Fel. ¿Pero quién lo ha pagado, vuelvo á decir?

Ana. La otra carta de pago me la ha enviado el Boticario, quien miéntras la enfermedad de vm...

Fel. Vé á su casa, y dile que no acabará el mes sin que yo le haya satisfecho.

Ana. No es necesario: si está tambien pagado.

Fel. ¿Cómo?

Ana. Lea vm.

Lee rápidamente.

Fel. "Que asciende á ciento y veinte escudos, que confieso haber recibido de contado del señor Bertram; y para su resguardo doy el presente...

Dexa de leer, y dice á Ana.

A lo ménos, ¿no has preguntado el nombre del que, sin saber yo nada, ha pagado todo esto?

Ana. Sí señor; pero no me lo han querido decir.

Entra.

Fel. ¡Gran Dios! ¿necesitaba yo estos nuevos beneficios para convencerme de que todavía se hallan sentimientos de humanidad en los hombres? Amigo mio, yo soy pobre; pero no me avergüenzo de una pobreza que me hace honor: el que me da en secreto, sin duda lo hace con una buena intencion: no desdeña mi gratitud, sino que quiere dispensarme de ella: pero esto no basta para un hombre sensible, que no gusta recibir sino de aquellos á quienes puede agradecer con todo su corazon... yo le suplico á vm., amigo mio, que me explique este enigma.

Raffer tartamudeando, y encogiéndose de hombros.

Raff. En efecto... á mí me parece...

Fel. ¿Qué significa ese encogerse de hombros? O vm. no puede, ó no quiere declararme este misterio.

Raff. Si vm. conoce á sus verdaderos amigos, ¿qué necesidad hay de decir nada? y si vm. tiene muchos que sean capaces de semejantes finezas, le doy mil enhorabuenas.

Fel. Ese modo de eludir mis preguntas, casi me hace sospechar que vm. es un bienhechor tan generoso...

Raff. ¿Yo? ¡O! suplico á vm...

Con doble intencion.

es verdad que mi amistad... mis principios... pero yo no soy rico.

Fel. Ahora confirma vm. mis sospechas: los que son muy ricos, rara vez dan á los pobres, y mucho ménos en secreto.

Raff. Para hacer unos favores considerables, no basta querer, es necesario poder hacerlos: yo no conozco estas dos qualidades reunidas sino en el Conde de Sonnenstern.

Carl. Padre mio, si es él, no dexaré yo la labor noche y dia hasta desempeñarnos.

Fel. Antes que acceptar semejantes beneficios, venderia el anillo de tu madre.

Carl. Allí á lo léjos veo venir al señor Doctor: ahora se detiene á hablar á uno... pero sin duda va á venir, y acaso nos descifrará este misterio.

Con ironía.

Raff. Sin duda. Es un Doctor que sabe hacerlo todo: curar enfermos, dirigir pleytos...

Aparte.

¡Maldito sea! con sus miradas fixas y penetrantes me atraviesa. A Dios señores: señor Bertram, reflexîone vm. sobre mi proposicion, pues la he hecho con la intencion mas sana. *Vase.*

Carl. Siempre la toma con el señor Doctor: esto me parece mal.

Fel. Hija mia, á nadie condenes: los corazones estan ocultos: y solo Dios vé su fondo. Raffer es un hombre honrado; pero es hombre: el Doctor se le ha metido en su profesion, y por esto se ha enojado.

Carl. Yo apuesto á que si Raffer sanase á un enfermo, se alegraría el Doctor Blum: de lo que infiero que éste último es mas hombre de bien.

Fel. Puede ser:

Sale el Doctor Blum.

sea vm. muy bien venido, amado Doctor. Carlota acaba de hacer una apología de vm.

Blum. Aunque me disgusta mucho que me alaben en mi presencia, sin embargo esta vez lo hubiera deseado.

Carl. ¡O señor! pienso de vm. mas bien que lo que expresan mis palabras: estábamos hablando de vm. y del señor Raffer. ¿Qué ha hecho vm. á este hombre, que no le puede aguantar?

Blum. Hay ciertos hombres cuya enemistad se adquiere solo porque se les conoce y penetra; así como es fixo el ganar la amistad de todos, tomando á cada uno por aquello en que quiere venderse.

Fel. Querido Doctor, en este momento haría muy mal en quejarme de los hombres: hoy no puedo ménos de amarlos: tengo en la mano dos cartas de pago, sin que me hayan costado un quarto.

Afectando sorpresa.

Blum. Yo no conozco sino á uno que sea capaz...

Con precipitacion.

Fel. ¿Y quién es ese hombre?...

Blum. El hermano de vm.

Fel. ¿Mi hermano? él, ¿qué ha quince años está

publicando contra mí tantos escritos injuriosos?

Blum. El Abogado ha compuesto esos escritos: y su hermano ha pagado esos recibos.

Fel. ¡Cómo! efectivamente, ¿él los ha pagado?

Blum. A lo ménos lo presumo... muchas veces me ha preguntado sobre la situacion de vm.

Fel. Amigo mio, vm. ha cargado mi corazon de un peso muy enorme.

Blum. ¿Tan pesado sería el amor faternal?

Fel. ¡Beneficios de parte de un enemigo!

Blum. Son los primeros pasos sobre el terreno de la amistad.

Carl. ¡Ay! ¿quándo podré sin rezelo amar á mi tio?

Blum. Bien pronto: amigo mio, el proceso se ha terminado enteramente á satisfaccion de vm., y la enemistad quedará sepultada con los autos que la han alimentado.

Fel. Carlota, ayúdame á levantar, para que abraze á este hombre benéfico.

Le abraza.

Blum. Dios os conserve la salud y la paz, que son los mayores tesoros que el hombre puede poseer.

Carlota toma una mano al Doctor, y la aprieta entre las suyas.

Carl. ¡Que Dios os bendiga mi amado Doctor! Si algun dia enfermase su anciana madre, tenga vm. á bien prometerme que yo sola seré la que la cuide.

Blum. Yo tomo á vm. esa palabra.

Fel. ¡Dios santo! jamas me has oído quejar de mi pobreza... hoy solamente siento no poder recompensar dignamente á este hombre generoso.

Blum. ¡Vm. pobre!... ¡poseyendo tal hija!...

Fel. ¿Qué puede ella mas que mezclar sus lágrimas de gratitud con las mias?...

Blum. Puede mucho mas.

Sorprehendido.

Fel. ¡Cómo!... ¡señor Doctor!...

Blum. ¿Formará vm. mal concepto de mí, quando me descubra interesado?

Fel. No entiendo á vm.

A ella.

Blum. ¿Ni vm. tampoco? ¿se sonroja vm?

Carl Sí; lo conozco: pero aseguro que no sé la causa.

Blum. ¿No me decia vm. esta mañana que amaría

al hombre que procurase á padre una vejez cómoda y tranquila?

Carl. No puedo negarlo.

Blum. ¿Y qué le daría vm. muy contenta la mano y el corazon?

Carlota calla, y baxa los ojos.

¿no me lo ha dicho vm.?

Carl. Creo que sí.

Blum. ¿Y se arrepiente vm.?

Carl. No.

Blum. ¿Y si yo fuera ese hombre? Dígnese vm. mirarme.

Carl. No me atrevo.

Blum. ¿No queria vm. cuidar de mi anciana madre?

Carl. Con todo mi corazon.

Blum. Pues yo quiero cuidar de su digno padre.

Llorando.

Carl. ¡Ah!... es vm. tan bueno... pero yo no merezco...

Blum. El que por espacio de siete meses ha estado observando á una jóven siempre junto á la cama de su padre enfermo, no puede engañarse en su eleccion.

Carlota se arroja á los brazos de su padre, y oculta el rostro en su pecho.

Carl. ¡Ah! ¡padre mio!

Felipe pone la mano sobre la cabeza de su hija.

Fel. Mi amada hija, hoy me bendice Dios por tu causa: tú debes esta felicidad á tu amor filial.

Blum. Dexadme que participe de la bendicion paternal.

Fel. ¡Hijo mio!... Carlota, no te avergüences de mostrar tu rostro sonrosado á un hombre que te ama con tanto extremo:

Carlota mira á Blum con modesta timidez.

dale á presencia de tu padre el primer abrazo:

Con pudor de parte de ella.

con este abrazo, te he librado, hija mia, de quantos cuidados pudieran sobrevenirte: ahora, ¡ó Dios! ¡dispon de mis dias! Ya no dexaré una huérfana; ya he depositado la inocencia en las manos de la virtud.

Blum. Nada falta aquí sino su hermano de vm.

Fel. ¡Ay!

Blum. Espero que pronto se concluya todo.

Fel. Nada de humillacion, amado Doctor.

Blum. El honor de vm. es desde ahora mio.

Fel. El no dará el primer paso: y yo no puedo hacerlo.

Blum. ¿Por qué?

Fel. Porque mi hermano es rico.

Blum. En quanto á esos miramientos, ya yo los habia previsto; y por tanto no me he declarado hasta hoy.

Fel. Y esta declaracion, ¿qué diferencia puede?...

Blum. ¿No soy yo rico? ¿no es de vm. quanto poséo?

Fel. ¡Ay!

Blum. Vm. me ha dado lo que no pudiera pagar con ningun tesoro: una muger á medida de mi corazon; ¿y desdeñaría vm. lo poco con que yo puedo corresponderle? no: la igualdad entre vm. y su hermano está ya restaurada: y la igualdad inspira confianza. Sin embargo, yo no pido que vm. se adelante á presentarse: solo me atreveré á suplicar á Carlota, por primera vez, una cosa.

Carl. Dígala vm. pronto, pronto; para que yo pueda hacer algo del agrado de vm.

Blum. Tendria mucha complacencia, Carlota mia, en que vm. fuese á dar los dias á su tio.

Carl. Con mucho gusto.

Fel. Es hija mia; y es esposa de vm.: piénselo vm.:

¡qué humillacion para nosotros si la despidiera!

Blum. Eso me toca á mí: conozco á su hermano de vm., y tambien á Carlota: despues será preciso que pasémos la tarde juntos alegremente.

Fel. Vm. quedará en nuestra casa, hijo mio.

Blum. No aquí en esta estrechez: la piedad y la alegría se parecen, en que gustan esplayarse al descubierto, baxo la bóbeda del cielo: en la huerta será donde nos reunamos.

Fel. ¿En mi huerta?

Blum. Es muy conveniente que vm. la vea despues de extirpada la neguilla de la enemistad: estarémos allí con un par de amigos verdaderos, un pequeño número de hombres, todos de corazon afectuoso: no se oponga vm. á la alegría que pienso experimentar.

Fel. ¿Yo? ¡Dios me libre! pronto: que me cepille Ana mi vestido negro... Dios mio, ¿dónde está Ana? *Sale Ana.*

Ana. Aquí estoy, señor.

Fel. Ven... ayúdame á entrar... te diré unas cosas que te han de dexar atónita.

Ana. ¿Qué alegría brilla en su semblante?

Fel. Vamos, vamos, te digo... tú llorarás de placer. *Se entran los dos.*

Blum. Y vm., querida Carlota, vaya al instante á casa de su tio: el ángel de paz sea su conductor. *Vase.*

Carl. ¿Qué es lo que me pasa?... ¿es esto sueño? ¿es cierto quanto acaba de suceder? yo soy la esposa del mas generoso, del mas amable de los hombres...

Trogot se acerca con timidez.

Trog. Reciba vm., señorita, la enhorabuena de un hombre honrado... ¡Cosa rara! las lágrimas se me saltan...

Carl. Yo lo estimo, buen Trogot.

Trog. Me queda que hacer á vm. una súplica.

Carl. Diga vm.

Trog. Esta mañana ha tenido vm. la bondad de acceptar de mi mano un par de zapatos... verdad es que son de cuero... pero me dará mucho gusto, si vm. se digna ponérselos el dia de su boda.

Carl. Yo lo haré: se lo prometo á vm.

Ella le da la mano como para asegurarlo, y él se la besa con mucho respeto.

Trog. Reciba vm. mi sincero agradecimiento: el cielo la bendiga siempre: mañana, al nacer el dia, me ausento de este sitio.

Carl. ¿Mañana? ¿cómo tan de repente le ha ocurrido á vm. ese pensamiento?

Trog. ¡Ay de mí! mi padre se ha empeñado en ello mucho tiempo ha; yo no tenia mucha gana... pero ahora quisiera partir hoy mismo.

Carl. ¿No quiere vm. esperar al dia de mi boda?

Trog. No, no, no: mañana, al rayar la aurora, quando todavía duerma vm. apaciblemente... Trogot estará al otro lado de los montes.

Carl. Dios le haga á vm. feliz, por donde quiera que vaya: pero á lo ménos quando vm. se vea léjos de sus amigos, no los olvide.

Se retira lentamente, y vuelve.

Trog. ¡O! no, no: dentro de dos ó tres años quando hubiere vuelto, ¿me permitirá vm. que la haga alguna visita?

Carl. Y tendré mucho gusto.

Trog. Tendrá vm. mucho gusto... ¡Ah! yo le tendré mucho mayor.

Se enxuga las lágrimas, y entra poco á poco en casa.

Carl. Vamos ahora á ver á mi tio. ¡O! ¡si logro la dicha de dar hoy á mi padre un hermano y un hijo! ¡qué regalo en el dia de su cumpleaños!

ACTO QUARTO.

Sala en casa de Francisco Bertram.

Madama Brand está sentada, y rendida de sueño con un libro de horas en la mano: Carlota entra tímidamente, y mira, temblando, á todas partes.

Carl. ¡Afuera nadie!... ¡aquí nadie!...

Repara en Madama Brand; se asusta, y no sabe si debe pasar adelante: por fin tose: y Madama Brand despierta, bostezando y frotándose los ojos.

Mad. Me parece que he oído toser...

Carlota vuelve á toser.

¿Quién está ahí? *Con mal humor.*

Carl. Una criada de vm., Madama.

Mad. ¿Quién es? ¿qué quiere vm.?

Carl. Quisiera hablar al señor Capitan.

Mad. ¿Se puede saber el motivo que á vm. la trae á visitarle?

Carl. Como hoy son sus dias, venía á cumplir con mi atencion.

Mad. ¡O! ¡vé aquí lo que hace la riqueza! Aun-

que un pobre tuviera diez fiestas como ésta en cada año, nadie se acordaría de él: pero en siendo un hombre rico, amigos, vecinos, parientes estan á la usma: viene un hormiguero de ellos; y todos hacen sus señales en los almanaques para volver sin falta el año siguiente en tal día. ¡Dia de Dios! Dígame vm. por su vida, señorita, ¿qué le importa el cumpleaños del señor Capitan? ¿qué interés tiene en eso?

Carl. ¡O! Yo, yo sabré decírselo muy bien.

Mad. Vé aquí un buen modito de responder:

La remeda.

Yo, yo sabré decírselo muy bien: no, no es eso seguro: la dificultad está en verle. Sepa vm. hija mia, que aquí soy yo la señora, la señora; y á quien debe vm. manifestar sus intentos.

Carl. En verdad, yo ignoraba que mi tio fuese casado.

Sorprehendida.

Mad. ¡*Mi tio*!... Vm. ciertamente no es... pero sí... aquella es su fisonomía... ¿Es vm. la señorita Bertram?

Carl. Esa misma soy.

Mirándola de lado.

Mad. Sí, sí; se parece á su difunta madre... son

sus mismas facciones.

Carlota se le acerca confiada.

Carl. ¡Ah! ¿con que vm. conoció á mi madre?

Mad. Sí; un poco... de vista: pero, ¡Dios mio!... señorita, ¿á qué es esta venida aquí? ¿ignora vm. que el señor Capitan no quiere ver ni oir nada que sea tocante á vms.?

Carl. No es lo mismo ahora que se ha acabado el pleyto... ese pleyto...

Mad. ¡Cómo!... ¿acabado?... ¿de veras? ¡Ah! ¿con que por fin, á mi pobre amo le han reducido?

Carl. ¿Y qué? ¡parece que vm. se enoja!... ¡O! ¡si supiera vm. quánto celebramos nosotros tan feliz suceso!

Mad. No lo dudo: tiene vm. muchos motivos para ello.

Carl. Ningun motivo de interés: únicamente miramos como dichoso un dia en que dos hermanos pueden ya amarse de nuevo.

Mad. Apuesto á que papá ha enseñado á vm. esa frasecita... y viene de intento aquí á relatar su leccion: pero es tiempo perdido: váyase vm., señorita; vuélvase á su casa: el señor Capitan

está durmiendo, y me ha prohibido severamente que reciba gentes.

Afligida.

Carl. ¿Con que absolutamente no podré verle?

Mad. ¿Y qué sacaría vm. de eso? ver un hombre feroz, que no habla sino regañando, y en cuyo semblante está pintado el mal humor.

Carl. Pero á lo ménos, ¿me permite vm. que vuelva á la noche?

Mad. Guárdese vm. de eso: si me atreviera yo á decirle solamente que habia vm. venido, le vería al momento montar en cólera, y le volvería con mayor fuerza el ataque de la gota.

Carl. ¡Ah! ¿qué es lo que me dice vm.? ¡con que yo me vuelvo para afligir el corazon de mi padre! ¡El me habia asegurado, que mi tio tenia un corazon tan bueno, tan honrado!...

Mad. Honrado... sí; pero pronto á irritarse... váyase, váyase vm., señorita: no la halle aquí; porque en su primer movimiento... váyase vm. la digo: memorias á papá... y dígale, que en quince años he empleado todas mis fuerzas en ablandar el corazon de su hermano; pero que todos mis esfuerzos no han podido.

Carl. ¡Mi pobre padre!

Mad. ¡Pobre!... ¡Ah! sí; ya lo sé: pero ¡ay Dios! no todos pueden ser ricos: yo, señorita, bien comprehendo su triste estado... Sin duda que ese vestido es el de dia de fiesta... pero, mire vm., con tal que sea honesto...

Carl. ¡Honesto!... sí... nosotros lo somos.

Mad. Esta buena niña... ¡me hace lástima!... ¡tengo el corazon conmovido!... yo quiero...

Carl. ¿Qué quiere vm., señora?

Mad. Acordarme de vm. y de papá en mis devociones.

Carl. ¡Ay! yo tambien ruego por todos... aun por los que nos quieren mal... A Dios, señora.

Se retira despacio.

Mad. A Dios. Al fin se va: ¡alabado sea Christo! ¡Necesitaba yo ahora una visita como ésta para adelantar mis negocios!

Sale Juan Buller, y encuentra á Carlota al entrar, y viéndola pensativa, la dice:

Juan. Señorita, no sé si me engaño; pero me parece que vm. quiere alguna cosa.

Carl. ¡Ah! yo queria ver á mi tio; pero no me lo permiten.

Juan. ¿Es vm. la señorita Bertram?

Carl. Servidora de vm.

Juan. Sea vm. muy bien venida: quando una persona tan bella y virtuosa pone el pie dentro de una casa, trae á ella todas las bendiciones del cielo.

Carl. ¡Pluguiera á Dios!

Juan. ¿Y no la han dexado ver á mi amo? ¿quién se ha tomado esa licencia?

Mad. Yo he sido.

Juan. ¡Ah! ¡ah! ¡Madama Brand! ¿y con qué facultades?

Mad. No se altere vm., amigo: dexe á esa señorita que se vaya: el señor Capitan está durmiendo.

Juan. ¡El Capitan duerme! ¡cómo! ¿no estaba yo con él no hace medio quarto de hora? ¿no me ha dicho que volviese á su quarto á leerle en aquel librote, donde estan escritos sus grandes viages de mar? Espere vm. un instante, señorita; yo quiero entrarle recado.

Carl. Esperaré con mucho gusto.

Madama Brand se cruza embarazando el paso.

Mad. Deténgase, Juan: yo no quiero...

Juan. ¡Madama Brand! se me ha puesto en la cabeza, que tiene vm. el diablo en el cuerpo.

La empuja con desprecio, y entra.

Mad. ¡Y soy yo á quien se atreven á tratar de esta manera! ¡empujarme así! ¡maltratarme el brazo! ¡hacerme tal afrenta!

A Carlota.

Sea muy enhorabuena, señorita:

Con una reverencia.

¡este es el momento de representar vm. el papel que trae tan estudiado! vaya, vaya á ver á su querido tio; lisonjeele, acaríciele... que bien tiene con que pagarlo todo: no le faltan escudos.

Carl. Yo no pido sino su amistad.

Mad. Ya se vé... sin duda... ¡qué expresion tan dulce á los oídos! pero ya sabemos lo que significa... eso es un modo honrado de pedigoñar.

Carl. Pero, señora, ¿yo qué mal la he hecho?

Mad. ¡Vm.! ¡á mí! nada... ¡ó! nada absolutamente. Hay ciertas gentes que nunca ofenden á nadie: ¡pero si ciertas gentes dixeran todo lo que las gentes dicen de ciertas gentes! A Dios, señorita; soy muy servidora de vm.

Le hace una profunda reverencia, y se va.

Carl. ¡Ay! Ana tenia razon: esta Madama Brand es una astuta muger. Yo me alegro de que se haya ido: así podré hablar con mas libertad. ¿Será cierto que mi tio es tan violento y re-

gañon? ¿quién sabe? tal vez me lo habrá dicho solo por intimidarme. Pero aun quando así sea... aquí se trata solo de complacer á mi padre: ánimo, Carlota: un mal quarto de hora se pasa pronto... viene gente... ¡cómo me late el corazon!...

Sale Juan Buller y el Capitan: éste se sienta en un canapé sin mirar donde está Carlota.

Cap. ¡Mi sobrina! ¡mi sobrina! ¿pero qué quiere de mí?

Juan. Yo no lo sé; pero tiene un ayre tan amable, que apostaría á que nos trae alguna buena noticia.

Cap. Y bien, ¿dónde está?

Juan. Todavía está á la puerta.

Cap. ¿Quiere acaso, que yo vaya arrastrando á recibirla?

Juan. Acérquese vm., señorita.

Carlota titubéa y no se muve; y el Capitan, como escuchando, si ella se acerca, dice.

Cap. En verdad que no oigo nada.

Juan. ¡Está temblando!

Cap. ¡Qué diablos!... ¿pero por qué tiembla?

Carlota se adelanta un poco.

Carl. Yo... yo...

A Juan, que está á un lado del canapé.

Cap. ¿Pues qué no sabe hablar?

Juan. ¡Si llora!

Cap. ¡Qué diablos!... ¿pero por qué llora?

Carl. Mi querido tio, yo vengo á felicitar á vm....

Con dureza.

Cap. ¿Sobre qué?

Carl. Por su cumpleaños.

Cap. Lo agradezco; pero vm. ¿no ha mas de un año que aprendió á andar? porque ésta es la primera vez que viene á esta casa.

Carl. Desde el instante que tuve uso de mi razon, y de mi voluntad, el corazon todos los dias me ha inclinado hácia vm.

Cap. ¡Ah! ¡ah! ¿pues qué edad tiene?

Carl. Diez y siete años.

Cap. Sí... eso es: quando ahora diez y seis años volví de mis viages marítimos, era vm. una criaturilla como un puño.

Carl. En ese tiempo mi buen tio me traía en sus brazos, y me hacia muchas caricias. Ana me lo cuenta muchas veces, y yo me lleno de gozo al oirlo.

Cap. ¿Cómo? ¿todavía vive aquella ama vieja?

Carl. Sí señor: pero yo perdí, muy niña, mi buena madre.

Cap. Mucho sentí su muerte: era excelente muger: sí; yo lo digo; excelente...

Carl. Si hubiera vivido, no habrian sucedido muchas cosas.

Cap. Puede ser. Miéntras ella vivió, logró que el padre de vm. no hiciera mil tonterías.

Carl. Mi padre pudo engañarse: los malvados le habrán podido extraviar: pero nunca han podido arrancar de su corazon el amor á su único hermano.

Cap. Bonitas pruebas de ese amor me está dando quince años ha.

Carl. Olvidémoslo todo. El tribunal de paz ha echado un velo sobre lo pasado. Vete á casa de mi hermano, me ha dicho mi padre: vete: sé la mensagera de la paz: no te tratará malamente, pues estás inocente en todo: te amaba quando eras niña; amaba á tu madre: puede ser que acaso por este respeto te presente su mano, y tú se la besarás con un amor verdaderamente filial.

Cap. Ya se vé que vm. no tiene la culpa de nada: ¿pero la han enseñado la leccion? no importa:

váyase con Dios: yo no os tengo rencor... ¿pero el nombre de vm.?

Carl. Carlota.

Cap. ¿Carlota? justamente... Yo creo que fuí su padrino.

Carl. ¡Ah! quien se digna de recordar esa memoria, no me despedirá de su casa sin haberme concedido una mirada de amistad.

El Capitan la mira furtivamente, pero sin detenerse.

Cap. Me parece bien: á Dios... á Dios... Yo me acordaré de vm. en mi testamento.

Carl. ¡Esa expresion es bien dura!

Con aspereza.

Cap. ¿Dura? ¿y por qué dura?

Carl. Mi amado tio, yo deseo un lugar en su corazon de vm., y no en su testamento.

El Capitan confuso, y la bondad de su corazon lo descubre.

Cap. Pues bien... sí... sin embargo es preciso... y pues soy su padrino... y se ha tomado el trabajo de venir...

Mete la mano en el bolsillo.

Carl. ¡Trabajo! *Con dolor.*

Cap. Tome esta friolera.

Le presenta algunas monedas de oro desviando el rostro.

Tomándole la mano con mucha ternura.

Carl. Mi querido tio, yo solo veo la mano que me presenta vm., no lo que me alarga: quiero conservar esta mano; y humedecer con mis lágrimas el don que me ofrece vm.; suplicándole que vuelva á tomarle.

Vacilando.

Cap. ¡Muchacha!... ¡tú eres orgullosa!

Carl. Sí señor; lo soy, si me concede vm. su cariño. ¡Ah! mire vm. á esta niña, que llama orgullosa, postrarse á sus pies, pidiéndole sola una mirada. Mi buena madre, solo pudo dexarme sus facciones; pero ellas le recuerdan á vm. una amiga que ha mucho tiempo que no exîste. ¡Ah! esta memoria enterneze su corazon, para que halle yo en vm. un nuevo padre.

El Capitan la mira muchas veces al descuido, y luego volviéndose á Juan, dice.

Cap. Juan... mucho se parece á su madre... Juan, amigo mio... yo no puedo resistir... quítala de aquí...

Sollozando.

Juan. Mi Capitan, yo no puedo.

Mas tierno.

Cap. ¡Ya creo que tú lloras!... Juan, yo te lo repito... ayúdame á desembarazarme...

Juan levanta á Carlota, y la pone en los brazos del Capitan.

Carl. ¡Mi amado, mi buen tio!...

Cap. Detente, sobrina mia... Esto es lo que se llama ser arrebatado por la corriente sin brújula ni timon.

Carl. Yo veo brillar en los ojos de vm. una lágrima. ¡Ah! todas sus riquezas no equivalen á esta lágrima.

Cap. Sí, sí; tú me has vencido: vete á dar gracias á tu madre sobre su sepultura. Quando te bautizáron, y al volver del templo me presenté delante de su cama, le alargué mi mano, y me la apretó entre las suyas: justamente tenia tu mismo ayre, tus mismas facciones: mi amado hermano, me dixo: yo te recomiendo esta niña... si llego á morir...

El dolor le embarga la voz, y luego dice precipitadamente:

Un mes despues ya no exîstia: *Breve pausa.*

ven, hija mia, ven á mi corazon.

Sale Blum.

Blum. ¡Qué precioso momento! ¡á qué buen tiempo he llegado!

Cap. Ya vm. lo vé, Doctor mio: esta maldita muchacha me ha enternecido como á una criatura....

Como enfadado.

vamos, vamos, retírate: vete de aquí.

Carl. Ahora conozco el corazon de mi tio; todos mis temores se han disipado.

Cap. Ola, ola, ¿con qué tú me tenias miedo? Sin duda te habrian dicho que yo era algun oso.

Carl. La señora que tiene vm. en casa...

Cap. ¿Qué señora?

Juan. ¡Otra pasada de la devota Brand!...

Cap. Juan, tú la quieres mal...

Juan. ¿Y quién podria callar en tal ocasion? Entro en el quarto... esta amable señorita estaba llorando, y á punto de marcharse: la pregunto qué tiene... ¡Ah! me dice; ¡no me quieren dexar ver á mi tio! ¿Y por qué? todo el mundo puede verle, y mas los que tienen sus ojos llenos de lágrimas. Sobre esto, vé aquí que Madama Brand se atraviesa á la puerta, y á mí mismo no me quiere dexar entrar: ¡á mí! ¡al

viejo Juan Buller, que sabe, treinta años ha, que mi Capitan no duerme siesta! Entónces tomo el partido de desviarla, no con mucha dulzura, sino como algunas veces lo hacia yo con los pasageros, que en tiempo borrascoso embarazaban la cubierta del navío.

Cap. Madama Brand pudo creer que yo dormia; y sin duda lo ha hecho con buena intencion.

Blum. Esta señorita, mejor que todos, puede decir cómo ha sido recibida.

Carl. Yo estoy tan contenta, que ya se me ha olvidado todo.

Cap. ¡Olvidado! ¿con qué ha ocurrido algo?...

Blum. No importa: estas nubecillas no deben obscurecernos este dia tan hermoso: este dia feliz en que se reconcilian dos hermanos.

Cap. Despacio, Doctor. Esta muchacha en nada me ha ofendido, lo confieso: es mi ahijada, y veo en su semblante toda la dulzura de su madre: pero por lo que hace á mi señor hermano, que siga su camino; pues lo único que deseo es no encontrarme con él.

Blum. Mi amado Capitan, al cabo de la jornada, allá donde van á parar todos los caminos, será preciso que vms. se encuentren.

Cap. Enhorabuena: entónces que baxe los ojos el que se halle condenado por su conciencia.

Carl. Tio de mi alma: yo intercedo por mi padre.

Cap. Nada, nada: ¿pero lo vé vm.? apénas la he concedido un pequeño lugar en mi corazon, y ya quiere reynar en él como señora.

Carl. Quiero adornarle con las flores del amor fraternal.

Cap. Patarata: hace mucho tiempo que esas flores se han marchitado.

Juan. Pero, mi Capitan, ¿no vé vm. que entónces toda esta casa mudaría de semblante? Por la noche no fumaría vm. solo la pipa: el gato viejo, el favorito de Madama Brand, nos haría el gusto de baxar del sofá donde está durmiendo todo el dia: tendría vm. un hermano á su lado; y recordarían juntos los placeres y entretenimientos de su juventud.

Cap. Dexa en paz á mi gato viejo, que él nunca ha abogado contra tí.

Blum. Ya veo que es menester apelar al tiempo. Señorita, padre la espera á vm.

Cap. No señor: yo quiero que se quede: bastantes años he esperado su visita, para esperarla mas tiempo.

Blum. La espera su padre enfermo.

Carl. A Dios, querido tio: ¿me permite vm. volver aquí?

Cap. ¡Bella pregunta! Sí señora... lo permito... lo quiero, y aun lo mando, ¿lo has entendido?

Carl. Lo haré con mucho gusto.

Cap. ¿Quándo volverás?

Carl. Mañana... todos los dias...

Cap. Pero quando vuelvas, acuérdate de dexar en casa la soberbia. ¿Me comprehendes?... Todavía hay por ese suelo esparcidas algunas monedas de oro.. tú no las recogerás... ya lo sé yo...

Carl. ¿Tendrá vm. por orgullo lo que es amor desinteresado?

Cap. No, no: tú no las recogerías, aun quando supieras que en ello me dabas gusto.

Las recoge Carlota.

Carl. Doy á vm. mil gracias: con esto, voy á dar algun alivio á mi padre enfermo. Sin duda que no se opondrá vm.

Cap. Haz lo que quieras.

Carl. Un recado de parte de vm. le sería mas agradable.

Cap. Pues dásele.

Carl. A Dios, amado tio.

Cap. Juan, acompañala hasta la calle.

Vanse los dos.

Doctor, ¿qué piensa vm. de esta muchacha?

Blum. Que es muy inocente, y muy amable.

Cap. ¿Lo cree vm. así?... en tal caso no faltarían arbitrios para hacer algo por ella: me parece, Doctor, que la niña sabe mejor que vm. tener mis pies á raya: miéntras que ha estado aquí, mis vasallos rebeldes no se han movido.

Blum. Pues el cielo le enseña á vm. un medio tan suave y fácil para mitigar sus dolores, hará muy bien en usarle siempre.

Cap. ¡Siempre!... sí, con mucho gusto: pero el padre no me daría su hija.

Blum. Buen remedio: traígase vm. al padre juntamente con ella.

Cap. Ya lo he dicho: nada de eso.

Blum. Vamos... tengo que dar á vm. una enhorabuena: por fin se acabó el pleyto.

Cap. ¿Se acabó? tanto mejor: le doy á vm. gracias: pero no quiero saber cómo; porque me es indiferente.

Blum. La propiedad de la huerta será de vm. por toda su vida.

Cap. Yo se la cedo á mi sobrina.

Blum. En faltando vm., pasará á su hermano ó á sus herederos.

Cap. Si digo que desde ahora cedo todo eso á la muchacha.

Blum. Mucho tiempo ha que debia vm. haberlo hecho.

Cap. ¿Y por qué no ha venido ántes á visitarme?

Blum. Gracias á Dios que no ha venido demasiado tarde. Ahora, querido Capitan, escuche vm. las súplicas de un amigo, y los preceptos de un médico. Su ánimo de vm. ha recibido hoy comociones tan várias, y tan vehementes, que necesita vm. distraerse un poco, y tomar el ayre.

Cap. Con mucho gusto: un marino viejo no se hace de rogar para eso.

Blum. He convidado á algunos amigos á cenar: y el sitio, con que contamos para disfrutar esta diversion, es la huerta de vm., y perdone esta satisfaccion.

Cap. ¿Mi huerta?

Blum. Me parece que se alegrará vm. de pasearse con sosiego, despues de quince años, en un terreno cuyos árboles le traerán á la memoria los placeres de su juventud.

Cap. Al entrar en ella sentiré un no sé qué...

¿Exîste todavía la puerta vieja de la huerta? Me acuerdo que siendo niño, dibuxé en ella un Usar con lapiz encarnado.

Blum. Pues aun no se ha borrado enteramente.

Cap. ¡Cómo! ¿todavía dura? ¡han muerto desde entónces tantas gentes! han pasado rápidamente tantas cosas confundiéndose en el océano del tiempo, ¿y este Usar todavía está acaballo? Sí, sí; iré gustoso á la huerta: al instante. ¡Si tuviera vm. el deseo que yo tengo de ver al Usar! ¿Juan?

Sale Juan.

Juan. ¿Mi Capitan?

Cap. Pronto; que pongan el coche.

Blum. ¿Para qué? ahí está el mio.

Cap. Nos vamos, Juan: ¿pero á que no adivinas á dónde? A mi huerta: ya se acabó el pleyto: dame, dame el sombrero.

Con misterio.

Juan. Me alegro de ver á vm. tan contento; pero convendria, ántes de salir, hacer una pequeña expedicion en la casa.

Atónito.

Cap. ¡Una expedicion!

Juan. Mr. Raffer, acaba de entrarse en el quar-

to de Madama Brand.

Cap. Y á mí, ¿qué me importa?

Juan. Pues á mí, mucho. Quando me trató vm. esta mañana de calumniador, me traspasó el corazon. Yo no soy mas que un pobre diablo; pero no le debe ser á vm. indiferente el saber si soy capaz de engañarle.

Cap. ¡Simplon! ya sé yo que eres un mozo honrado.

Juan. Quiero que sepa vm. que mi veracidad corre parejas con mi honradez: tengo dispuesto un escondrijo en el gabinete de arriba... Mi Capitan, yo no podré dormir con sosiego, miéntras no quede vm. convencido.

Cap. Siendo así, tendré que darte gusto.

Blum. Entretanto, me adelantaré yo á recibir á mis convidados. Hasta la vista. *Vase.*

Cap. Juan, yo pienso que esto no puede servir de nada. En efecto, supongamos que oiga yo por mí mismo, que Madama Brand me engaña, ¿qué quieres que haga?

Juan. Que la eche vm. al momento de casa.

Cap. Hombre, yo creo que eso me costaría mas sentimiento que á ella misma. Siempre que tengo que despedir algun criado, estoy de mal hu-

mor ocho dias ántes. Mira; en poniéndoseme en la cabeza que alguno me quiere, siento en el alma que me hagan ver lo contrario.

Juan. Pero hoy bien puede vm. aventurarse algo, pues ha adquirido una sobrina, que vale mas que todas las Brand del mundo.

Cap. Tienes razon, Juan: háblame de mi amable sobrina, miéntras subimos la escalera; y así sentiré ménos el cansancio.

ACTO QUINTO.

Sala corta.

El Capitan y Juan Buller.

Juan. O muy presto, ó muy tarde hemos llegado.

Cap. ¿Cómo? ¿qué dices?

Juan. No hay nadie.

Cap. Pues vámonos.

Juan. No, no... todavía no han venido; yo veo dos botellas, y una mesa cubierta de golosinas.

Cap. Déxame verlo.

Juan. ¿Lo vé vm.?

Cap. Sí, sí... pero esto de baxarse así no es para un gotoso.

Juan. Tambien hày una torta como la gabia de un navío: pero ya creo que vienen.

Cap. Pues déxame acercar mas.

Ocúltanse por el lado en que han estado acechando, y al punto se corre otro telon de sala en que habrá las botellas, torta, dulces y un baul; y salen Raffer y Brand.

Mad. ¡Qué mala raza la de los hombres! Yo quiero estar en oracion dia y noche, pidiendo al cielo que descargue su cólera.

Raff. Mi respetabilísima Madama Brand, nuestras oraciones nos aprovecharán poco; la reconciliacion está firmada.

Mad. Siéntese vm., amigo de mi alma: y echemos á un lado por ahora nuestros pesares.

Se sientan: ella le echa de beber, y le hace el plato.

Raff. En quanto á la huerta... no perdemos mucho... ¡Delicadísimo vino!... Pero esto les adelantará mucho... El platónico Doctor no se contentará con eso... ¡Excelentísima torta!... Predicará y declamará tanto, que al cabo los reconciliará... Y á Dios herencia...

Mad. Amigo de mi corazon; me atemoriza vm. ¿qué remedio nos queda?

Raff. Es necesario que vm. procure impedir quantas visitas vengan de aquella casa.

Mad. ¡Ay Dios mio!... he hecho todo lo posible para que la sobrina se fuese de aquí avergonzada; pero el maldito Buller la ha introducido, y creo que está todavía con el viejo.

Raff. ¿Quién?

Mad. La hija de su hermano...

Raff. ¿Está con él?

Mad. No lo dudo.

Remedando á Carlota.

Ella queria cumplimentar á su amado tio...

Raff. ¿Y vm. la ha dexado á solas con él?

Afectuosa.

Mad. ¿Y vm. me riñe?... ¿esperaba yo esto de mi querido?

Raff. Yo soy muy servidor de vm., respetabilísima Madama Brand; pero ha tenido un descuido enormísimo. Yo conozco á esa señorita: es zalamera: me parece que ha tomado vm. interés por ella.

Mad. ¿Qué? ¿sufriría yo que esa mona me inutilizase tantos años de trabajos? ¿Para ella habria yo hecho tantas caricias á ese viejo loco? ¿Para ella le hubiera yo preparado tantos caldos? ¿le

hubiera envuelto tantas veces en pieles de liebre sus gotosas piernas? ¿y hubiera tenido la paciencia de escucharle la relacion pesada de sus grandes hazañas?

Cap. dentro. ¡Habrá infame!

Raffer mirando á todas partes.

Raff. ¿Qué es esto? me parece que he oído hablar.

Mad. ¡Aprehension! solos estamos. ¿Qué mortal habria tan temerario que se atreviese á entrar, sin mi permiso, en el quarto en que duermo?

Señala el baul.

Vea vm. aquí mi favorito; el depositario de mi pequeña fortuna, y el consolador de todos mis pesares:

Le abre, y Raffer mira ansioso.

los grandes talegos que estan en el hondon, solo tienen plata; pero aquí...

Saca dos taleguillos, y los pone sobre la mesa.

estos son dos muñequitos llenos de oro.

Los hace caricias.

Raff. ¡Amables picaruelos! ¡con qué virtud tan simpática me atraen!

Mad. Esto es, mi dulce amigo, lo que le traigo á vm. ¡Si hubiera adivinado lo que sucede!... ¡ó, yo hubiera recogido mucho mas! La espe-

ranza del testamento ha contenido mi industriosa actividad: vaya otra copa, amigo mio...

Raff. A su salud, Madama Brand.

Mad. En los brazos de vm. es donde espero empezar á vivir.

Raff. Sí, sí... con tal que el testamento...

Mad. Arréglele vm. como habemos convenido... Meter en él alguna corta manda para la sobrina: así aparentarémos cierto ayre de generosidad: mañana, á la madrugada, yo separaré á ese pesadísimo Buller; y no dexaré en paz á ese viejo loco hasta salir con mi intento: empezaré con suspiros... luego un torrente de lágrimas... despues determinará llamar á vm... luego firma; y al instante que hubiere firmado, que toquen á enterrarle quando quieran.

Cap. Esperad... esperad... ¡casta de víboras! el rayo del cielo...

Se oye vn gran ruido.

Mad. ¡Dios mio!... ¡dónde estoy!... el viejo era... nos estaba escuchando... perdidos somos... Lucifer anda por aquí .. pronto, mi pomo de agua del carmen... allí... sobre la chimenea... yo me muero.

Raff. ¡El demonio que espere!... pero he perdido

el tiempo con esta loca... aprovechemos algo...

Toma un talego de plata, y le esconde entre su vestido.

Los diablos me llevan... ya estan ahí... ya vienen.. escondámonos.

Escóndense, y salen el Capitan y Buller por la puerta única de la sala.

Cap. ¡El cielo los confunda! ¡Ah! ¡ah! ¡ésta se ha desmayado! Si se muere, será tambien por usurpar á la horca sus legítimos derechos. ¿Pero dónde estará su fiel agente?

Juan. No se ha podido escapar, porque yo corrí como un relámpago á tomarle la salida.

Cap. Buller, déxale que se vaya: su conciencia le alcanzará en todas partes.

Juan atisva á Raffer escondido en la alcoba; y le saca arrastrando.

Juan. Ola, ola: ¿caballero Raffer?

Raff. Muy humilde servidor de vms.

Cap. Señor hombre honrado, ¿qué casualidad ha sido la de hallarse en la alcoba de una casta viuda?

Raff. Me sentí vencido del sueño: Madama Brand me ha dado un vaso de vino añejo, que me ha turbado un poco la cabeza.

El Capitan, le saca el talego del pecho.

Cap. Sí, sí... ¿y con la borrachera ha pescado vm. este taleguito?

Raff. Amigo... ¿pues qué?... ¿se atrevería vm.?... yo soy un hombre de bien.

Cap. Vm. es un bribon; desocupe el terreno; y dé vm. gracias á mi gota, de que no cargo de recio sobre sus costillas: las gentes que ha engañado con tanta indignidad...

Raff. ¡Yo bribon!... ¡y se atreve vm. á decir eso en voz alta!... Señor, por su mismo interés debe guardar silencio en esta materia... Madama Brand le ha engañado á vm... Yo he engañado á Madama Brand... Todo esto está en el órden.

Juan escupiéndose las manos como para arrojarse sobre Raffer.

Juan. Mi Capitan... con permiso de vm...

Cap. No, no: déxale que se vaya, y se quite de mi presencia.

Vase Raffer.

Juan. ¿Qué hemos de hacer de ésta?

Cap. ¿Se ha muerto?

Juan. ¿Morir? Los malvados viven mucho.

Cap. Luego que yo haya salido, la echarás de casa: ¿lo oyes?

Juan. ¡Alabado sea Dios! vé aquí una comision que deseaba hace quince años: ¿pero qué harémos de todo este dinero robado?

Cap. Tú mandarás edificar un hospicio.

Juan. ¿Cómo? ¿Querria vm. hacer al cielo cómplice de un delito? no señor: el infierno se regocija siempre que con dineros robados se hacen fundaciones piadosas.

Cap. Pues yo te le doy.

Juan. Dios me guarde de ensuciar mis manos.

Cap. Pues bien: haz lo que quieras: ahora ven, me ayudarás á subir al coche: luego pondrás á esa muger en la calle, y me darás cuenta de ello allá en la huerta: Pedro me acompañará.

Juan. Muy bien.

El Capitan se detiene al entrarse, y mira á Madama Brand.

Cap. ¡A mí! ¡es cosa muy particular!... ¿Lo creerias, Juan?... Pues me cuesta trabajo el despedir á esa muger...

Juan. ¡La fuerza de la costumbre!...

Cap. Verdaderamente que para apasionarse, aun del mismo demonio, basta comer con él todo un año. *Vanse.*

Madama Brand, abriendo los ojos y mirando disimuladamente hácia la puerta, los taleguitos y el baul.

Mad. ¡Cielos!... ¿será posible?... Este insolente Buller, ¿dispondrá á su gusto de mis bienes? ¡Casi me he desmayado de veras, al oirlo! pero... me parece que vuelve... vuelta al torno.

Hace que continúa en su desmayo.

Sale Juan.

Juan. ¡Siempre desmayada! ¡O! ¡ó! vamos á ver si lo podemos remediar.

Toma un taleguito, y le hace sonar á los oídos de ella.

Ya presumía yo que abriría los ojos:

Repite; y Madama Brand alarga la mano.

vaya: ya parece que ha vuelto en sí enteramente.

Mad. ¿Dónde estoy?

Juan. En una casa en que vm. ha estado de sobra quince años, y ya no estará en ella quince minutos.

Mad. ¿De esta manera se recompensan mis servicios?

Juan. El demonio los recompensará: pues á él ha servido vm.

Mad. Vm. es un insolente.

Juan. Recoja luego su atillo, y váyase de casa.

Mad. No le reconozco á vm. para nada.

Juan. ¡Madama Brand, Juicio! todo lo sabemos... el señor Capitan la pide en cortesia que le haga el favor de no volver mas á ponerse en su presencia.

Mad. El es muy dueño de decírmelo, si tiene corazon para ello.

Juan. Su corazon no tiene que hacer en esto; y se conforma con lo que haga mi boca, ó mis puños en caso de resistencia.

Mad. Mi querido Juan, vm. se está chanceando; ya lo conozco: vaya, tome vm. este escudo, y beba á mi salud.

Juan. Primero rebentaría de sed: vamos, pronto, márchese: cierre ese baul: yo tengo que ir á dónde está mi amo, y no puedo esperar á que vm. haga sus lios.

Ella cierra el baul.

Mad. Me parece que podré estar en casa hasta mañana.

Juan. No, no: es contrario á las órdenes que tengo.

Mad. Lo verémos: yo no me menéo de aquí.

Juan. ¿Cómo qué? ¿no se meneará vm.?

Mad. No.

Juan. Vamos: Madama Brand.

Se arroja á ella, la agarra, y la lleva hácia la puerta resistiéndose ella.

Juan y ella hablan á un tiempo.

Juan. Mi querida Madama Brand... Dígnese vm. desocupar el puesto... Mad. Brand, permítame vm. la diga el último á Dios, que me quiebra el corazon: ya está vm. en la puerta: barrabás la acompañe y la guarde.

Mad. Si vm. se atreve... Déxeme vm., le arrancaré los ojos: Juan, le morderé las narices: mi querido Juan, tome vm. una onza de oro... Mi amado: mi buen Juan... ¡monstruo! ¡pícaro! ¡bárbaro!

Estas últimas voces deben sonar ya dentro.

Jardin largo: á los dos lados cenadores de yedra ó emparrados, baxo los quales habrá dos asientos de céspedes.

Sale Ana dando el brazo á Felipe.

Fel. Parémos aquí, donde pueda yo entregarme todo á la dulzura que siento en mi corazon, y donde mis ojos recorran tranquilos estos lugares que fuéron el teatro de mis juegos pueriles. ¡Quántos años ha que no eran objeto de mi recreo, porque aun en los dias mas serenos, la discordia se extendia sobre estos sitios como una nube tenebrosa! En fin, al declinar el dia de mi vida, se ha despejado el orizonte, y la serenidad sucede á la borrasca. Ya respiro libremente, y me es permitido amar de nuevo á mi hermano, á este amigo de mis primeros años.

Ana. El ha recibido á la señorita de un modo que me obliga á perdonarle todo. No... ¡él nunca ha dexado de ser un buen Francisco!

Fel. ¡O! ya se vé... siempre fué bueno: el soplo envenenado de la malignidad pudo corromper la pureza de sus sentimientos; pero su corazon ha vuelto á tomar su ascendente, y no será ya insensible á las dulzuras del amor fraternal. ¿No ves las cifras de nuestros nombres en la corteza

de este antiguo tilo? Treinta años hace que las dos F. F. estan creciendo juntamente con el árbol; pero sus lineas no han podido borrarse.

Ana En aquel cenador que está al extremo de la huerta, hice el café algun dia, y los dos señoritos juntaban vms. leña seca para hacer lumbre.

Fel. Sentémonos baxo este cenador, donde sudé tanto siendo niño, para cumplir con las obligaciones de mis primeros estudios.

Entran en un cenador: Felipe se sienta, y dice despues de una breve pausa.

¿Quién podrá decir que la ancianidad carece de satisfacciones, quando sobre las alas del pensamiento puede trasladarse al venturoso tiempo de la juventud, y renovar en la memoria sus primeros entretenimientos? ¡Ah! la juventud disfruta ménos de lo presente, que la ancianidad de lo pasado.

El Capitan se presenta acompañado de un criado.

Cap ¡Por un momento!... Yo quiero olvidar quanto he visto, para entregarme todo á lo que veo.

Mira á todas partes; procura ocultar su emocion, y en fin dice al criado.

Vete con los diablos.

El criado le mira suspenso.

Que te vayas digo; *Con dulzura.*
y quédate á la puerta: yo sabré ir solo arrastrando hasta que Juan venga. *Vase el criado.*
No he querido que este hombre me viese soltar las lágrimas; pues sin duda se reiría de ver á un viejo como yo llorar como un muchacho.

Se detiene apoyado en el baston.

¡O! aquel es el peral viejo... ¡y todavía exîste!... ¡y lleno de flor! ¡Quántas veces Felipe y yo, siendo muchachos, nos subiamos encima!... Entónces no tenia yo gota... Si no me engaño, aquí era donde mi madre cultivaba sus flores. ¡Qué inculto ha quedado este sitio! ¡Las zarzas crecen donde ántes florecian lilas y madreselvas! Entrémos en este cenador, donde me acuerdo que leí la primera vez las Aventuras de Robinson Crusoé.

Entra y se sienta.

Fel. ¡Me parece que he oído hablar!...

Ana. En el otro cenador está sentado un señor anciano: precisamente es en frente de nosotros.

Mirándole.

Fel. Sin duda será alguno de los convidados del Doctor.

Cap. ¿Quién será aquel anciano enfermo que distingo allí baxo? me parece haberle visto en alguna parte.

Fel. Ana, pienso, sino me engaño, que no me es desconocido el semblante de aquel buen viejo.

Cap. Y aquella muger tambien... yo la he visto, ó lo he soñado.

Ana. En efecto, me parece que es algun conocido antiguo.

Fel. El Doctor pudiera sacarnos de la duda: ¿dónde se habrá detenido?

Ana. La señorita, se fué á coger violetas al extremo de la huerta; puede ser que esté con ella.

Fel. Allí viene solo: le preguntaré... pero se dirige hácia aquel anciano: dexémos que hablen.

Se apartan.

Sale Blum.

Blum. Y bien, mi amado y antiguo amigo, ¿le agrada á vm. este sitio?

Cap. Tanto, que en él quisiera acabar mis dias: escuche vm., Doctor mio, aquel anciano que

está allí en aquel cenador, ¿es alguno de sus convidados?

Blum. Sí Señor.

Cap. Se podia decir que tiene vm. gana de establecer aquí algun hospital. ¿No ha convidado vm. sino enfermos?

Blum. Sí; para enviarlos sanos á todos.

Cap. ¿Quién es ese hombre?

Blum. ¿No le conoce vm.?

Cap. Si vm. me dice su nombre, puede que caiga en quien es.

Blum. Pregúntelo vm. á su corazon.

Sorprehendido.

Cap. ¡Mi corazon!

Sale Carlota, y trae su vestido lleno de flores.

¡Ah! ¡Carlota! ¿tú tambien aquí?

Carlota siembra flores desde un cenador al otro.

Carl. Sí Señor.

Cap. ¿Qué es lo que haces, querida mia?

Carl. Siembro de flores un camino que tanto tiempo ha estado cubierto de espinas y maleza.

Cap. ¿Qué quieres decir con eso?

Blum se ha acercado á donde está Felipe.

Fel. Amado Doctor, hágame vm. el favor de de-

cirme quién es aquel hombre.

Blum. Uno que he convidado, porque hoy cumpleaños.

Turbado.

Fel. ¡Hoy cumpleaños!

Cap. Ven aquí, Carlota, ¿conoces tú á aquel anciano?

Carl. ¡O! muy bien le conozco.

Cap. ¿Quién es?

Carl. No lo hubiera vm preguntado quince años ha.

Cap. Quiero saber quién es.

Carlota corre y abraza á su padre.

Carl. Es mi padre.

Los dos hermanos conmovidos, se miran al descuido; y Blum los mira atento con una secreta alegría: y despues de una pausa, dicen.

Cap. ¡Cómo se conoce lo que ha padecido!

Fel. ¡Quánto se ha envejecido!

Cap. ¡Qué pobremente vestido! ¡Sin duda que le faltaba lo necesario miéntras que Madama Brand me robaba!

Se levanta.

Fel. Vaya afuera esta falsa vergüenza, que me impide arrojarme á los brazos de mi hermano.

Carlota extiende sus manos hácia los dos cenadores: y mira alternativamente con ternura á su padre, y á su tio: Felipe se adelanta fuera del cenador.

Muy inquieto.

Cap. ¡Dios me perdone! ¡creo que viene!

Carl. A mí, mi amado tio.

El Capitan se levanta.

Cap. A tí; ¿y qué quieres que haga junto á ti?

Carl. A mí, padre mio.

Se acerca, y le toma la mano.

Fel. ¡Con mucho gusto, hija mia!

Con mucha dulzura.

Carl. A mí, querido tio.

Cap. Vaya: ya estoy aquí.

Carl. La mano.

El Capitan la da la mano desviando el rostro.

Cap. Tómala.

Carl. Mas cerca; todavía mas cerca.

Toma las dos manos, y las junta.

Fel. ¡Hermano mio! *Con mucho dolor.*

El Capitan le mira; tira el baston, y le abre los brazos: Felipe se precipita á ellos, y Carlota á los de Blum.

Carl. ¡El Cielo le recompense á vm., hombre generoso!

Cap. Hermano mio, tu semblante me anuncia lo que has padecido: tu exterior me lo dice.

Fel. He estado enfermo; pero tus beneficios, á pesar de nuestras disensiones, me han socorrido abundantemente.

Cap. ¿Qué? ¿quieres sonrojarme?

Fel. ¿No has pagado mis medicamentos?... ¿el plazo del alquiler de la casa?

Cap. Felipe, lléname de injurias; pero no me digas eso.

Blum. Perdóneme vm., padre mio, un arbitrio inocente: yo trataba de reunir los corazones de vms.; y obraba tomando el nombre de su buen hermano.

Cap. Señor Doctor, me reprehende vm. severamente; pero le agradezco la leccion.

Fel. ¡O Carlota mia! ¡qué hijo me has dado tan bueno!

Cap. ¡Hijo!... ¿qué quiere decir eso?

Fel. Hablo del Doctor Blum, de este hombre generoso, para quien tienen mas atractivo que las riquezas, la inocencia y la bondad de corazon.

Cap. Ya, ya lo entiendo... pero mi sobrina no es

pobre. ¿No es mi única hèredera? ¿no es así, Carlota? ¡O! nosotros ya nos conocemos... pero, ¿por qué llora esta muger?

Fel. Llora de gozo.

Cap. ¿Es Ana por ventura?

Fel. La misma.

Cap. ¿Ana? ¿tú eres? dame la mano; esa mano que tantas veces me ha servido: tú te has mantenido fiel; pero en recompensa, nada te faltará.

Sollozando.

Ana. Yo no puedo... no puedo hablar.

Cap. Bien se conoce, que esas lágrimas son hijas de tu corazon.

Sale Buller.

Juan. Viva la alegría, mi Capitan: ya se han executado sus órdenes: ya he puesto en la calle á Madama Brand; pero no ha salido sin hacer una terrible resistencia.

Cap. Muy bien: buen viage: ahora, mi amado Juan, solo tú me has quedado.

Fel. Y yo.

Carl. Y yo.

Blum. Y yo.

Cap. Sí: todos vosotros: ¡Ah! venid, pues, á ver si puedo estrecharos á todos en mis brazos... bien

que siempre estaréis todos dentro de mi corazon.

Juan. Mi Capitan, si los ojos no me engañan, su hermano de vm...

Cap. Sí, sí, Juan mio: todo lo hemos olvidado: ¡todos me aman de nuevo! ¿te acuerdas de aquel dia que hice aquella presa inglesa tan rica? un solo instante me hizo entónces dueño de inmensas riquezas; pero mira, este momento me hace mucho mas rico: ven, Felipe mio.

Le cruza un brazo al rededor del cuerpo.

llámame tú: Francisco mio.

Fel. ¡Mi querido Francisco!

Hace lo mismo con ella.

Cap. Muy bien: Carlota, ya sabes lo que prometí á tu madre: ¿qué te parece, Felipe? Yo imagino que ella está ahora aquí con nosotros.

Levanta los ojos al cielo, y Blum lleno de entusiasmo, dice:

Blum. ¡O! ¡si todos los hombres supieran quán dulce es la reconciliacion!

FIN.

[illegible] desde hoy dia en adelante.

Fel. Mi Carlos, si no [illegible] no [illegible] pagaré [illegible]

[illegible] de [illegible]

Vig. D. [illegible] Juan [illegible] todo lo tienes olvidado.

[illegible] te [illegible] de aquel día que [illegible] la iglesia [illegible] un instante [illegible] hecho de [illegible] pero [illegible] esta [illegible] Felipe [illegible]

[illegible] al [illegible] del cuerpo.

[illegible] mio.

Fel. ¡Mi querido Francisco!

Hace lo mismo con ella.

Vig. Muy bien, Carlos, ¡ya estás lo que pue[illegible] á su [illegible] ¿qué te parece, Felipe? Yo [illegible] que [illegible] está [illegible] con [illegible]

Tomando [illegible] el [illegible] y [illegible] Dios [illegible]

Mon. ¡O! [illegible] todos los hombres supieran quán [illegible] es la reconciliacion!

FIN.

